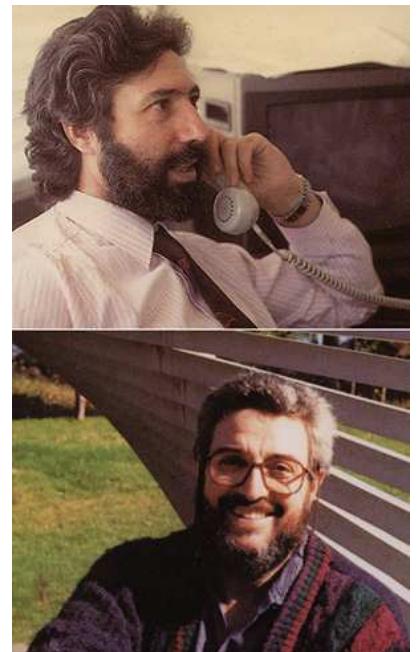


“LA AMBICIÓN DEL CESAR”.

JOSÉ LUIS GUTIÉRREZ Y
AMANDO DE MIGUEL.
EDICIONES TEMAS DE HOY.
Madrid, 1989



“No es la utopía para tiempos de tanta malicia”
Baltasar Gracián

RESUMEN DEL LIBRO RECOGIDO EN JoseLuisGutierrez.com

PROLOGO

Capítulo I. Fsiognómica de Felipe González

Capítulo II. La mala “salud de hierro” del Presidente

Capítulo III. El lenguaje de González: la semiótica de la confusión

Capítulo IX. Del viejo PSOE al felipismo postmoderno: la reescritura de la Historia

Capítulo XII. Omar Torrijos: el gran mentor

Bibliografía.

PROLOGO

(De los autores de la obra, José Luis Gutiérrez y Amando de Miguel)

En octubre de 1982, España se debatía entre el desasosiego, la incertidumbre y la ilusionada esperanza. El intento de golpe de Estado del 23 de febrero de 1981, el accidentado juicio, un año después, de los militares que protagonizaron la asonada, habían predispuesto a los españoles a adoptar una actitud de temor a un nuevo golpe militar. En algunos medios políticos del momento, incluso, se vaticinaba como exitoso el temido cuartelazo.

ETA proseguía su intensa campaña de atentados terroristas. Las calles de Madrid o las de las capitales vascas eran escenario frecuente de perturbadores y gigantescos atascos, provocados por los controles policiales en infructuosa búsqueda de los comandos etarras. Todo ello contribuía a espesar aún más el clima de desasosiego y miedo generalizados.

El partido entonces en el poder, la UCD, se desmembraba, fragmentado en mil pedazos, poco antes de protagonizar un hecho políticamente insólito, apenas conocido en las democracias occidentales: el de un partido político en el poder, con mayoría relativa en las cámaras legislativas., que se desangra por sus infinitas y feroces crisis internas para acabar autodisolviéndose y desaparecer. La crisis económica se hacía sentir con fuerza tras la reciente subida, en 1979, de los precios del petróleo. El turismo sufría un estancamiento como consecuencia de la crisis padecida por los países europeos. El paro iniciaba su trayectoria ascendente y la inflación, aunque en proceso de remisión, superaba los fatídicos «dos dígitos», para situarse en torno al 15%.

España acababa de ingresar en la OTAN, pero algunos países de la Comunidad Europea, Francia de forma especial, mantenían muchas de sus reticencias ante la solicitud de adhesión de España a tan privilegiado club. Lo enunciado hasta ahora describe, con breves y esquemáticos trazos, el clima social y político de 1982. Casi siete años después, cuando este texto sale a la luz, el panorama es sobremanera distinto y en su conjunto mucho más alentador. España está ya integrada en la Europa comunitaria y en sus esquemas defensivos. La nueva situación ya no plantea polémicas de envergadura y los costes de este salto han sido menos cuantiosos de lo que algunos vaticinaban. El peligro de una involución militar parece conjurado y el mundo de las salas de banderas ha entrado ya en un período de sosegada y definitiva normalidad. Las conversaciones del Gobierno con ETA han abierto asimismo una perspectiva esperanzadora. A la hora de escribir estas líneas, se disfruta de una larga tregua y, por primera vez en muchos años, se presiente que la paz es posible. Con todo, el histórico «problema vasco» sigue sin resolverse. Como hace un siglo, gran

parte de los vascos siguen incómodos en el seno de la Constitución española y persisten los interrogantes que se adivinan para «el día después del armisticio».

La situación económica es la que ha evolucionado más favorablemente. De ahí lo paradójico que resulta el aumento de la protesta social que cristalizó en la huelga general del 14 de diciembre *de 1988*. La inflación se mantiene en torno al 6% anual, inferior a la del anterior decenio, aunque superior a las expectativas del Gobierno.

El país atraviesa por un momento de inusitada euforia y crecimiento económico, en realidad el más relevante de los países comunitarios. Con los precios del petróleo en sus niveles mínimos y los ingresos derivados del turismo (la principal «industria» española) en las más altas cotas de la historia, puede decirse que la economía española remonta la crisis con desenvoltura.

Las cifras de paro, sin embargo, siguen siendo preocupantes, más elevadas que nunca —las más altas de la Europa Comunitaria— como consecuencia de la política de «ajuste» seguida por el Gobierno socialista, si bien se detecta una leve tendencia a la baja y su significación presenta visibles lagunas para una cabal interpretación estadística.

Los anteriores datos, si esquemáticos, permiten convenir en el contraste entre los dos momentos, 1982 y 1989: En medio de ambas fechas, el «septenato» de Felipe González. En principio su paso por la gobernación del país resulta a todas luces positivo.

Pero, a pesar de tan esperanzador panorama, el 14 de diciembre de 1988, el Gobierno de Felipe González sufrió un fortísimo revés, inesperado y desconocido hasta entonces. Se trataba de una huelga general, pacífica y de dimensiones oceánicas, que vació las calles y los lugares de trabajo de toda España. Era una protesta silenciosa contra una política que no sabía «repartir» los beneficios que resultaban de la inusitada recuperación económica y que entraba en colisión con las expectativas que había despertado la llegada al poder de un partido de tan honrada y dilatada tradición política y democrática como es el PSOE. Organización política que, al igual que las demás, pertenece exclusivamente al patrimonio histórico y político de los españoles, quienes, por otra parte, financian con sus sufridos bolsillos todas sus actividades.

Por encima de todo, y más allá de otras concausas, el 14-D fue la expresión popular de un hondo y generalizado disgusto contra el injusto reparto de la riqueza generada y el estilo de gobernar de Felipe González. Junto a los aciertos del Gobierno se hacían ostensibles ahora sus muchos y gruesos errores.

La política económica del felipismo, junto al importante crecimiento comentado, ha provocado fuertes críticas. Los reproches sindicales y de la izquierda política insisten en el desigual reparto de la riqueza generada, en la desatención gubernamental hacia las capas más débiles y desfavorecidas de la sociedad. El extendido dicho según el cual «los ricos son más ricos y los pobres son más pobres», se ha plasmado en versiones tan gráficas como aquella del humorista Gila, que retrataba la nube de mendigos urbanos que invade nuestras ciudades, manifestando su sorpresa al regresar a España de su largo exilio en Argentina y descubrir un fenómeno único en el mundo: «los semáforos de peaje».

Acaso hubiera sido posible realizar la misma política económica, con ligeros

retoques, sin el iluminado inmovilismo del que ha hecho gala González en sus controversias con los sindicatos. Una actitud dialogante, flexible y negociadora por parte del Gobierno hubiera evitado casi todos los problemas con la UGT.

El famoso «cambio», eslogan del PSOE en 1982, ha llegado a suscitar un sentimiento colectivo muy parecido al generado en su momento por la UCD: el «desencanto». Podría aquí añadirse aquella reflexión de Marx —que tuvo un aproximado antecedente cervantino, en forma de consejo de don Quijote a un Sancho a punto de asumir el gobierno de la ínsula Barataría— sobre los hombres que piensan como viven en lugar de vivir como piensan. El «cambio», pues, quedó sintetizado en el hallazgo popular de las tres «Ces». Según el dicho, los socialistas, al llegar al poder, cambiaron de «casa, coche y compañera».

Al socaire de los famosos diez millones de votos que auparon al PSOE hasta el vértice del poder, se produjo una arrolladora «invasión» de la sociedad por parte de las instancias del Partido que desdibujaban los perfiles de lo que pretendía ser una democracia occidental. No fue suficiente para González la mayoría absoluta en las dos cámaras legislativas, en la mayor parte de las Comunidades Autónomas y en miles de ayuntamientos. El PSOE quiso dominar todos los ámbitos de la vida colectiva, desde los medios de comunicación hasta los círculos culturales o las asociaciones voluntarias o recreativas. Este afán «totalizador» pretendía ampliar la democracia meramente formal y conseguir para el Partido —haciendo inviable *de facto* la alternancia en el poder, el acceso al mismo de los partidos de la oposición— la oportunidad histórica de permanecer, al menos, una generación en el poder. De paso, el proceso seguido por el Partido Socialista se emparentaba, en algunos aspectos esenciales, con experiencias políticas de tan clara inspiración antidemocrática como la del archicitado PRI mejicano.

Este afán monopolizador del poder ha desnaturalizado el papel de las diversas instancias del Estado y el de las organizaciones sociales, desde el Parlamento al Tribunal de Cuentas, desde la Prensa a la Radiotelevisión pública.

Las palabras de Alfonso Guerra enterrando a Montequieu y la tradicional separación de poderes, aproximan el modelo de Estado del «número dos» del PSOE a aquella definición del régimen anterior que, en cierta ocasión, enunció el presidente de las Cortes franquistas Alejandro Rodríguez de Valcárcel: «En el régimen de Franco no hay tres poderes (ejecutivo, legislativo y judicial) como en las democracias liberales, sino *tres funciones* y un solo poder»

Junto a tal interpretación cabe añadir la instrumentalización del Estado por una exigua minoría de

dirigentes de confianza de González y Guerra —la «cohorta», que decía Max Weber— y su interpretación marcadamente restrictiva de los derechos humanos y de las libertades individuales y colectivas de los españoles.

El respeto a la Ley, a la norma igual para todos, al principio de igualdad de oportunidades de todas las fuerzas políticas, bajo el felipismo se ha convertido en ocasiones en meras fórmulas, huecas y vacías de contenido, y acaso el uso partidista de la poderosa RTVE por parte del PSOE de González sea el ejemplo más ruidoso. Uno de los grandes capítulos pendientes de la democracia española es,

por tanto, el conseguir limpiar sus instrumentos de esa capa de impurezas introducidas por el *felipismo*, que nuestro sistema político funcione como una democracia real en la que se respeten de forma efectiva los derechos individuales y colectivos y las normas de funcionamiento de las instituciones democráticas. El principio de seguridad jurídica de los ciudadanos ha de ser rescatado de esa maraña de ardidés que lo inmoviliza, en la que las reglas del juego democrático aparecen subrepticiamente trucadas.

Se ha creado una situación en la que un partido disciplinado y personalista perdía uno de sus rasgos históricos más definitorios, el del funcionamiento interno escrupulosamente democrático, en aras de la eficacia centralista. Tal partido, asimismo, ponía en práctica unos procedimientos que no casaban con los modos políticos de la tolerancia, el respeto a las minorías, el espíritu de diálogo y transacción, el respeto a las libertades individuales y colectivas y el principio de la transparencia y la honestidad públicas. Estos rasgos no pertenecen al evanescente universo de los ideales utópicos sino que, por el contrario, forman parte de la tradición y el funcionamiento cotidiano de las democracias occidentales en las que España se ha integrado con lazos militares, económicos y políticos, además de las exigencias planteadas por la común vivencia histórica y cultural de los españoles. Como se verá por lo anteriormente descrito, la reciente experiencia política de los españoles es ambivalente. Ha propiciado y aceptado con inusitado entusiasmo histórico un régimen —la democracia— y ha dado un respaldo mayoritario a un partido —el PSOE— a fin de ser consecuentes con la marcha de los tiempos.

Sin embargo, han aparecido demasiadas sombras en los modos y conductas del Gobierno socialista de Felipe *González*, panorama en el que la excesiva personalización y monopolización del poder no es el rasgo menos desdeñable. Si los diez millones de votos del 28 de octubre de 1982 fueron, en lo fundamental, «para Felipe», es consecuente que a esa figura carismática se le reprochen ahora los numerosos errores que se perciben en la dirección política del país. En este libro se traza el retrato humano y político de Felipe González y el del movimiento político surgido en torno a su figura, conocido como *felipismo*. Destaca en González su meteórica carrera, desde el anonimato provinciano de un despacho laboralista hasta la cima de la popularidad internacional como cabeza y anfitrión del Consejo Europeo, como «Presidente de Europa» en la imaginaria popular.

Este libro se ha elaborado a partir de planteamientos críticos, aunque sólo sea por servir de ínfimo y modesto contrapeso al diluvio de ditirambos que, hasta ahora, ha empapado la figura personal y política de González. La obra se plantea desde un nuevo enfoque a la hora de enjuiciar la personalidad y el itinerario público de González: el de su ambición por el poder, desvelada y patente tras casi siete años de gobierno. Pasado ya el acaramelado enamoramiento nacional con «Felipe», surge a la luz una silueta más áspera, oscura y controvertida, la de «González», más cercana a la realidad personal y política del personaje que la edulcorada silueta que unánimemente se le atribuyó desde la Prensa y otros sectores sociales. Numerosos testimonios, su propia ejecutoria política y su imparable locuacidad —que le ha llevado a sembrar los medios de comunicación de infinitas, despreocupadas y contradictorias

declaraciones— permiten constatar esta característica de González como persona que tiene como principal desvelo la obtención y mantenimiento del poder. La obra no es una hagiografía, como algunas que se han escrito en torno al dirigente socialista, pero tampoco es un panfleto. Es un texto sencillamente crítico, no sólo por nuestra dedicación como profesionales y el talante personal e intelectual de los que lo firmamos, sino porque expresa algo muy beneficioso en la vida pública española de estos últimos lustros. Los españoles se han acostumbrado a ejercer con naturalidad y saludable contundencia la crítica, la protesta, allí donde el ejercicio de la autoridad no se corresponde con los procedimientos e ideales democráticos y de justicia. Aceptamos, incluso, que el afianzamiento de este bien colectivo pueda ser uno de los activos a apuntar en el apartado de aciertos del Gobierno socialista.

En las páginas que siguen hemos prescindido deliberadamente, a la hora de retratar al personaje, de los episodios referidos a su vida privada y sentimental. No lo hacemos por estar en contra de esa norma no escrita que rige en los sistemas democráticos —que desde ahora hacemos nuestra— según la cual, «los hombres públicos no tienen vida privada». Hemos orillado los numerosos datos y testimonios disponibles en este aspecto de su vida particular y afectiva con la intención de no desdibujar la silueta política de González. Nos mueve a ello, no sólo el respeto por una figura política que, después de todo, ha recibido el mayor apoyo electoral de toda nuestra accidentada historia parlamentaria. También una cierta elegancia intelectual nos aconseja posponer esta consideración de los perfiles menos públicos de la figura de González.

Siempre que se acomete la escritura de un libro, autores, críticos y lectores se preguntan: «¿Por qué este libro, en este momento?» La respuesta podría ser la misma que la aportada por Sir Edmund Hillary cuando le interrogaban por las razones por las que había escalado el Everest. «Porque está ahí», era la lacónica, deportiva y magnífica contestación. A los autores nos ocurre algo parecido, siempre desde la modestia que la comparación exige. El fantástico recorrido del PSOE desde la honrada clandestinidad y la pugnaz oposición hasta la arrogancia en el ejercicio del poder, no ha merecido todavía un análisis suficientemente detallado y detenido. Esta es otra de las razones que han impulsado a los autores a escribir la obra. Los peculiares procedimientos de González han convertido el panorama político español en una espesísima jungla de confusión, oscuridad, obstáculos y dificultades en la que, en ocasiones, el mero tránsito político se hace muy dificultoso cuando no imposible. Si este libro contribuye, siquiera mínimamente, a clarificar tan confuso escenario, a despejar el océano de sargazos en que se ha convertido la acción política del felipismo, los autores se darían por satisfechos.

Nuestro interés no es sólo erudito. Tratamos de situar la figura de González en la aventura personal y política del pequeño grupo generacional que se hace con el poder en la renovada democracia española. Entendemos que nuestra interpretación es subjetiva. No puede ser de otra forma porque, de acuerdo con Unamuno, somos sujetos y no objetos.

Deseamos dejar claro que este libro no es un alegato contra el socialismo. Entre otras razones, porque los autores participamos en su día del beneplácito, del alborozo

general con que los españoles apoyaron las propuestas de aquel PSOE juvenil e ilusionado de los primeros años de la transición. Y también contribuimos, con el granito de arena de nuestros escritos, a que tal situación de entusiasmo colectivo llegara a materializarse en octubre de 1982.

También es cierto que, por seguir entonando con lo que hoy se respira en la opinión pública, los autores participamos igualmente de la queja general respecto al comportamiento de muchos gobernantes y dirigentes socialistas que en la estimación general distan mucho de ser democráticos. El socialismo en el poder se ha personalizado en exceso —incluso para una sociedad como la española, tan familiarizada con los «fulanismos»—, ha acabado por degenerar en un régimen marcadamente personalista y sin recambio: el felipismo. Nuestro retrato humano se convierte, así, en un juicio a este fenómeno colectivo emanado de la personalidad oscura, compleja y escurridiza de su inspirador principal, obsesionado por el poder, la Historia y la gloria.

Estas páginas tratan de explicar las dos secuencias de un mismo proceso: el ascenso espectacular desde la «buena estrella» del de Sevilla y el inicio de su aparente declinar que sugiere un acontecimiento histórico de las dimensiones del 14-D.

Tras la huelga general, los primeros análisis sobre el declive del felipismo han hecho su aparición. Por primera vez se escribe con ese distanciamiento necesario para percibir, no ya que el socialismo ha degenerado en *felipismo*, sino que este movimiento ha llegado a su cénit y parece iniciar sus horas crepusculares. Los comentaristas se tornan en portavoces de un estado de opinión muy extendido. Mientras tanto, la «era González» constituye uno de los capítulos más espectaculares, intrigantes y enigmáticos de la historia política de los españoles de este siglo. Como en tantos otros, destaca en este fenómeno una figura epónima, que es la que vamos a analizar aquí. Hasta hoy, el personaje ha mantenido el privilegio de ser conocido por su nombre de pila, pero aquí se va a presentar más bien con su primer apellido, visigótico y común: González.

Si el lector considerara que algunas de nuestras apreciaciones son discutibles, exageradas, injustas incluso, prescinda de ellas. Oiga, en cambio, a los actores de esta fabulosa representación, de modo singular a su protagonista. Son tantos los testimonios aquí recogidos que hablan por sí solos y cuentan, además, una bonita historia de triunfos, fracasos, traiciones y guillotinas. Una historia, en suma, trenzada en torno a la utilización de esa droga, que alimenta y aun obsesiona a los ambiciosos y a los audaces, llamada *poder*.

La crítica más fuerte no es la que nosotros podamos aportar, sino las mismas declaraciones del encausado en este benévolo proceso, tan contradictorias casi siempre. En 1979, en una entrevista periodística, ante la insinuación de su «derechización», González jura y perjura:

«No, no, yo he sostenido en público siempre lo mismo y estoy dispuesto a someterme a la prueba de la publicación de todas mis entrevistas, mis intervenciones en los Congresos, mis declaraciones desde el 74, en el que quedó marcada la nueva estrategia del PSOE.»

Bien, en este libro está la prueba que pide el señor Presidente. El lector sabrá hacer de buen juez. Por lo mismo comprobará hasta qué punto se puede dar crédito a declaraciones tan contradictorias de nuestro personaje, a veces dos posiciones antitéticas separadas por brevísimos plazos temporales. Oigámosle su defensa en declaraciones de 1980:

«A mí me repugna tanto la mentira consciente que yo, cuando no puedo decir la verdad, me callo... Con plena conciencia no he dicho nunca una mentira. Es más, cuando me he visto en la imposibilidad de decir una verdad que me estaba estallando dentro, me he retirado en silencio.»

El orden de los capítulos de este libro no es estrictamente cronológico, aunque el tiempo sea una dimensión a tener en cuenta, pues de una peregrinación político-ideológica se trata. La secuencia temporal cede ante la exigencia de presentar al personaje central, desde la descripción de su personalidad hasta su trayectoria biográfica para analizar después su estilo de *mandar*, antes que de *gobernar*. Habría que decir, quizá, su estilo de «parar, temprar y mandar», para hacernos con la famosa descripción del arte de la tauromaquia que tan bien le cuadra a la «cátedra» de Sevilla y su legendaria Maestranza. Es corriente, en este tipo de empeños, dar cuenta de la nota de agradecimientos. También en esto vamos a abandonar los senderos habituales. El carácter reservado de algunos de los documentos que hemos podido manejar, la situación política de algunas personas que nos han servido como fuentes de información —muchas de ellas vinculadas al PSOE—, aconseja que mantengamos sus nombres en el anonimato. Su insistencia en el encubrimiento de sus identidades desvela, por otra parte, uno de los flancos más controvertidos, menos deseados y reprobables de todos los que el felipismo ha incorporado al acervo político de los españoles: el temor, el miedo como dispositivo disciplinario para silenciar críticas o simples discrepancias. Tales personas y otras más de nuestro círculo personal saben del agradecimiento y estima que les profesamos/Sólo cabe añadir en este punto que sin tales estímulos y ayudas, este libro no se hubiera podido perpetrar, en su originario sentido latino de ejecutar cumplidamente una acción con resonancia pública.

La escasez bibliográfica parece escatimar grandeza al arquetipo de toda esta saga, Felipe González. Nuestro estudio se centra por necesidad en su figura. No pretende ser una fiel y aséptica narración a base de fechas, nombres, sucesos y documentos, aunque tales elementos sean abundantes —muchos de ellos desconocidos hasta hoy— en la obra. Ni siquiera hemos seguido el orden cronológico que precisan las biografías al uso. Nuestro propósito es, más bien, el de *interpretar* al personaje en cuestión, inmerso en el complejo y embarullado cosmos del felipismo. Desvelamos algunos episodios poco conocidos, exhumamos algunos que no han circulado antes junto a otros que lo han hecho de forma muy restringida y hemos hecho acopio de infinidad de documentos periodísticos. A lo largo de seis meses, los autores hemos realizado un intenso trabajo documental, con la lectura o consulta de cientos de volúmenes y la indagación en numerosas publicaciones periódicas de todo tipo para el preciso contraste de datos y testimonios. Todo este trabajo ha venido a unirse al profundo conocimiento personal y político de los sujetos de esta representación política que tienen los autores, tras largos

años de contacto personal, relaciones profesionales y seguimiento atento de tan espectacular peripecia política. Decimos «representación» con pleno conocimiento de causa. Alfonso Guerra lo dijo en febrero de 1989: «La política es una simulación.»

Hablemos, por fin, y muy brevemente, de los autores, cuyo encuentro profesional y amistad se fragua al coincidir en la desaparecida revista política *Gentleman*, en los primeros años setenta, en las páginas de *Diario 16* más tarde y, en menor medida, en ocasionales tertulias radiofónicas pilotadas por ese «animal hertziano y berciano» que es Luis del Olmo.

José Luis Gutiérrez insiste en su respeto reverencial y cuasi religioso hacia el libro como objeto de hoja perenne, una especie de «conífera de la cultura», frente a la foliación caduca y perecedera de los periódicos, cuya vida es tan efímera como la de las crisálidas. En este ambiente se ha desenvuelto durante los últimos veinte años y en este libro se condensan muchas de sus experiencias. Aporta su conocimiento personal, vivido, de los sujetos de la representación política que aquí se narra. Gutiérrez conoció a Felipe González en Portugal en 1974, en un mitin del Partido Socialista del país vecino. Desde entonces y hasta 1982, mantuvo una estrecha e intensa relación personal y profesional con el líder socialista.

Amando de Miguel, como contraste, es autor de libros de una fecundidad leporina y a buen seguro que la que pasa por ser primera biblioteca del mundo, la del Congreso de los Estados Unidos, cuenta en sus anaqueles con una buena muestra del medio centenar hasta ahora producido por él. Su principal aportación, entre otras muchas, es la interpretación sociológica de los fenómenos que aquí se presentan. Ambos hemos discutido, a lo largo de los meses de gestación de este libro, nuestras diferencias de concepción, que en ningún caso han sido ni insalvables ni dramáticas, de enfoque y hasta de estilo, siendo el de ambos tan dispar. La distribución inicial de temas y capítulos entre ambos autores derivó posteriormente en un singular e inesperado procedimiento, en el que cada uno intervino enriqueciendo y potenciando con sus propios enfoques y aportaciones el trabajo del otro, en un proceso sinérgico cuyo resultado nos parece razonablemente armonioso y de cierto interés. El lector lo tiene en sus manos.

Madrid, marzo 1989

CAPÍTULO I

FISIOGNOMICA DE FELIPE GONZÁLEZ

La fisiognómica es ciencia inexacta y un tanto esotérica, cuya fantástica historia ha desvelado entre nosotros el talento erudito de Julio Caro Baroja. Según el eminente etnólogo, se trata más bien de un «criterio» en el que se aproximan, por una vez, el conocimiento de los científicos o los hombres de letras y el saber popular. El criterio fisiognómico es tan antiguo como el pensamiento y la literatura que llamamos de Occidente. La curiosidad empieza por lo menos en Aristóteles, en cuya obra hay un retrato, una descripción de un rostro humano y una interpretación del mismo. ¿O es que la personalidad de don Quijote podría haber cabido en el físico de Sancho Panza? Otra cosa es que se crea en una correspondencia ineluctable entre los rasgos físicos y los morales («la cara es el espejo del alma» de la sabiduría popular). A tanto no vamos a llegar, pero sí hasta el punto de describir, en la era de la imagen, la imagen ubicua, indeleble, que nos llega a través de la televisión o de los otros medios. La política actual se apoya cada vez más en ese «soporte icónico». Un líder es ante todo un rostro, y así se señala en los carteles de la propaganda electoral. Es más, como señala Caro Baroja, los políticos emplean de continuo las intuiciones de la fisiognómica, precisamente para «vender imagen» (Caro Baroja 88:284) *

(* Esta y las siguientes referencias, que remiten a la bibliografía que se encontrará en las páginas finales de la obra, explicitan el nombre del autor de la obra, el año de publicación y la página correspondiente del libro citado).

¿Son meras intuiciones o cabe un punto de *generalización* sistemática? Podemos, al menos, confiar en que, si no una ciencia, al menos la fisiognómica se encuentra en el estado de los conocimientos botánicos anteriores a Linneo. Lo más probable es que siga en ese lugar durante mucho tiempo. Lo que no es suficiente razón para rechazarla. Cualquier pieza de conocimiento es aceptable. No vamos tampoco a entrar aquí en las complejidades de las taxonomías fisiognómicas, pero, puesto que nos referimos a una persona concreta, vamos a ensayar con su retrato un cierto arte de conjetura. Antes de escrutar en los pliegues de la personalidad de Felipe González, vamos a contemplar su rostro. Todo saber tiene sus autoridades. Recogemos aquí el informe fisiognómico que hizo en 1980 el estudioso Juan Quiñero —cenetista condenado a muerte por Franco tras la Guerra Civil—, a quien damos rendidas gracias por sus originales anotaciones. El lector hará bien en comprobar por sí mismo las intuiciones de ese informe —basado en las imágenes de Felipe González durante los primeros años de la transición— a la vista de las representaciones posteriores. No se olvide que en la fecha en que se escribe ese

informe, González aparecía incontaminado por las críticas, que sólo iban a menudear años más tarde. Observa nuestro comunicante que las fotos de Felipe González, asequibles para su informe, pecan de oscuras. Es algo que nosotros hemos comprobado también. En la iconografía de González predominan los retratos tenebrosos, lo que acentúa su barba cerrada y su mirada profunda y esquinada. Acaso se buscaba con ello, en los primeros momentos de vida pública, exagerar el carácter maduro del personaje, quitarle el aire de muchacho con que irrumpe en la política. Recuérdese su primera indumentaria (chaqueta de pana, camisa de cuadros sin corbata) y su tocado de descuidada melenita.

Señala Quiñonero Gálvez que en el rostro de Felipe *González* destaca lo que los expertos llaman el «módulo maxilar», que da al sujeto una apariencia atlética y, según añade nuestro informante, es indicio del famoso «pragmatismo» del líder socialista. Quizá sea mucho suponer a través de esas determinaciones faciales, pero es evidente la figura atlética del personaje y no sólo el pragmatismo, sino cierto empecinamiento en las decisiones.

La frente tersa, rectangular, sin arrugas, de Felipe González nos proporciona el rasgo más apreciado de su carácter: «inteligencia sólida, reflexión calculadora... muy seguro de sí mismo, desdeñoso de todo consejo sensible por temor a dejarse extraviar por quimeras», sigue nuestro curioso observador. En efecto, así ha sido la psicología dominante de González.

Las cejas de nuestro biografiado, pobladísimas e hirsutas, excitan la imaginación interpretativa de Quiñonero: «Demuestran la concentración de la energía mental, la preocupación, la atención concentrada y una gran ambición latente, inclinaciones irritables, de trato contradictorio, exaltado y difícil. Por lo tanto, un sujeto con el que hay que andarse con tiento y buscando siempre la parte más complaciente.» El consejo lo han seguido y sufrido sus cercanos colaboradores.

Nuestro intérprete fisiognómico concede mucha importancia a los ojos de Felipe González, «hundidos en las cuencas y sombreados». Son ojos, que no siempre se abren del todo, permanecen un tanto velados, lo que es síntoma de «esa preciosa gracia de adular y mentir con más frecuencia de lo habitual». El arte del disimulo, la astucia que requiere el duro ejercicio político, va acentuando con el tiempo el abultamiento del párpado inferior, sobre todo en el ojo izquierdo. Esas crecientes «bolsas» debajo de los ojos subrayan el rasgo del cansancio, del agotamiento que produce la fatigosa tarea de gobernar en un hombre que duerme muy pocas horas.

La nariz de Felipe González es su rasgo más distintivo. Resulta increíblemente chata y cóncava, lo que ha dado pie a diversos caricaturistas a dibujar a González con la apariencia de Pinocho (jugando con la asociación del famoso muñeco a la figura del mentiroso). Dice nuestro corresponsal: «No conozco ninguna imagen de hombre célebre en la Historia con una nariz semejante.» Y lo interpreta así: «Este es un síntoma de egoísmo (a veces sin malicia) y astucia, de poca firmeza de carácter y de versatilidad de juicio.» La punta de la nariz, redonda, le hace especular con un carácter «agresivo e irritable, de tendencias absolutistas y a veces brutal».

La boca de Felipe González —pronunciada, grande y carnosa— no merece mayores complacencias: «Es una boca que no tendrá piedad con sus enemigos.» Y

añade una generalización no exenta de gracia: «Las bocas de esa naturaleza, carnosas, musculares y salientes, producen grandes oradores, sujetos de gran facilidad de palabra, lo mismo que tendencias a la mentira, al malhumor... con una propensión a sobrevalorarse a sí mismos.»

El lector escéptico se habrá maravillado, seguramente, tanto de los aciertos intuitivos del intérprete como de su peculiar fantasía para extraer indicios sobre el carácter y la conducta de nuestro personaje a partir de ciertos elementos que en parte son heredados. Nada como la extrapolación que merece el órgano inmóvil del rostro: la oreja. Habría que advertir que en el Felipe González de los años setenta las orejas no se veían, al quedar casi por completo tapadas por la generosa cabellera. Aun así, valga el comentario por lo expresivo. Nuestro comunicante dice que esas orejas, algo altas y separadas, «manifiestan la tozudez, la incompreensión, la intolerancia, la tendencia a discutir, a veces, problemas nimios, puntillosos». Hay que sospechar que Nicolás Redondo o Antonio Gutiérrez darían la razón a estas intuiciones del informe.

Nuestro observador no descubre notables arrugas en el rostro estudiado, excepto las de los ojos (que revelan «astucia, recelo, desconfianza»), y el hoyuelo del mentón (que traduce como «sensibilidad a los halagos»). Con lupa detecta la sombra de una arruga perpendicular sobre la frente, en el inicio de la nariz, que es «síntoma de carácter quisquilloso, es decir, fácil de agraviarse, que se enfada cuando le contradicen, al mismo tiempo que de respuesta mordaz y hasta violenta».

Hasta aquí el argumento fisiognómico de Quiñonero, completado con nuestros escolios, entre maravillados y escépticos. Debe subrayarse que ese informe se emite en 1980 y por lo tanto no recoge la significativa evolución del rostro —sus elementos móviles— en la época en que Felipe González se aposenta en La Moncloa. Es ahí cuando se produce la transmutación del «retrato de Dorian Gray», si se nos permite la forzada imagen, siempre con el ánimo festivo de esta interpretación. Los ojos se van achinando, las «bolsas» de debajo de los ojos se abultan, la cara toda se abotarga, acaso por la influencia de los corticoides. Aparece y se hace cada vez más frecuente el rictus de desprecio de la boca con el característico gesto de cerrar la boca y elevarla de posición. La «sombra de arruga» en la frente, que detectaba la lupa de Quiñonero, se hace cada vez más perceptible y se dispara durante las ocasionales ruedas de prensa, al tiempo que mantiene una forzada sonrisa. Con los años y la significación del cargo, se ha ido acicalando el peinado. Las patillas no se destacan tanto y blanquean más, el rapado de la barba trata de ocultar la tendencia pilosa del rostro, y las camisas cerradas y encorbatadas ya no dejan que aparezca por el cuello el vello pectoral.

Como es lógico, la «presentación del yo» de Felipe González es cada vez más la presentación del «Presidente» (de España, por unos meses de Europa, acaso pronto de la Internacional Socialista). Es perceptible la natural evolución del guardarropa, con marcado acento italiano. Hay que imaginar que el Presidente cuida su aroma personal, tan alejado del «olor a establo» con que lo describe Alfonso Guerra en sus años mozos. Aunque elegante y conjuntada, la indumentaria de Felipe González es más bien juvenil. Por ejemplo, no acostumbra á usar chaleco, aunque algún periodista lo describe diciendo que lleva «un terno impecable» por más que en la fotografía no aparezca la tercera pieza.

Felipe González es una persona aseada que se adorna con un cierto alarde en el atuendo y una pulcritud muy andaluza. Ahora viste elegantes trajes italianos, camisas de seda y visibles gemelos de oro. Eso no le impedía, en el reciente pasado, jugar a la imagen del estudiado descuido y el desaliño indumentarios, tan acorde con su poeta idolatrado, Antonio Machado. «¿Cómo te haces la ropa, a medida o...?», interroga el periodista. Responde González:

«¡Qué va, qué va! De confección. Pero, además, durante una época, cuando Carmen [su esposa] tenía trabajo, hace tres años o así, ni siquiera iba a verla [a ver la ropa a la tienda]. Llamaba a una tienda, donde ya había ido alguna vez y me había probado la ropa, y pedía un traje azul marino y me lo mandaban, de lana para el invierno o de estos finos para el verano. O un traje gris. Y me mandaban el traje; pero me lo mandaban al despacho directamente. No se me ha ocurrido nunca hacerme un traje a medida. Quizá miento: hace catorce años me hice uno a medida, que todavía tengo, en Sevilla. Me compro ahora mucha más ropa, en términos relativos siempre, claro... En fin, la verdad es que no lo sé muy bien. Me ocupo muy poco de ese tema» (Márquez Reviriego, 82:201).

La faz de Felipe González se hace cada vez más redonda y mollar, con diversas protuberancias en los mofletes, las ojeras, la frente y los párpados. Al tiempo la frente avanza inexorable, sobre todo por el lado derecho. La melena se recorta y deja ver cada vez más porción de orejas, grandes, con el lóbulo poco despegado. En la nariz apunta una diminuta peca rebelde, que se deja notar más con los años. El conjunto es de una creciente respetabilidad cardenalicia o por lo menos burguesa. Cuenta con elementos de indudable atractivo varonil: es velludo, cejijunto, de labios carnosos (sobre todo el inferior), de nuez sobresaliente. Las cejas tienden a dibujar un acento circunflejo que le da a veces un aire divertido. Los dientes son visibles, un tanto irregulares. Destacan los dos incisivos superiores, con tendencia a separarse, que se montan sobre los inferiores y hacen torcer un poco la boca (no tanto, desde luego, como Adolfo Suárez). Da la impresión de que sus dientes andan necesitados del láser que utiliza el odontólogo para las sesiones de limpieza bucal. Es curioso que alguien tan pulcro como González descuide ese aspecto de su imagen. El doctor Manuel Trujillo, un psiquiatra sevillano que triunfa profesionalmente en Nueva York y conoce desde la infancia a González, comenta: «Con sus dientes, Felipe en América no hubiera llegado muy lejos políticamente.» Con todo, son elementos de algo difuso que le da gracia al rostro y es su falta de simetría. Hasta en ocasiones apunta un cierto estrabismo (no tan notorio como el de Alfonso Guerra), que suele ser un estímulo para los buenos fotógrafos.

El indudable atractivo personal de una figura como la de Felipe González reposa en muchos de los elementos descritos y en una cierta disposición tímida, muy estudiada, en contraste con el estereotipo de «prepotencia» con el que por otra parte suele comportarse a veces. La timidez, una cierta inseguridad, se refleja en los gestos de las manos (una en el bolsillo del pantalón, sujetándose los supuestos gemelos de la camisa, jugando con las gafas), en la distancia exagerada que suele mantener a veces respecto a los interlocutores.

Desde finales de 1987 Felipe González deja a veces de llevar el anillo de casado, gesto en el que imita a Alfonso Guerra, éste todavía más despegado de su vida matrimonial. El detalle no tendría mayor significación si se tratara de una persona particular. En realidad el símbolo de la alianza matrimonial es cada vez menos obligatorio en las costumbres españolas, pero llama la atención si el que prescinde de él es un hombre público de la talla del Presidente del Gobierno. La ausencia se nota más porque Felipe González exhibe mucho las manos, sobre todo la izquierda, la del reloj (de distintas marcas), la del puro. Sólo en los últimos años nuestro hombre ha empezado a cuidar la negativa imagen del fumador de largos vegueros Cohiba. Puede que este aprendizaje haya resultado de los numerosos viajes al extranjero, donde la escena de un estadista fumando en público es ya rarísima. Culmina con la legislación antitabaco del Gobierno socialista. Son los nuevos tiempos.

CAPÍTULO II

LA MALA «SALUD DE HIERRO» DEL PRESIDENTE

Dos de marzo de 1985. El vetusto DC-8 de la Fuerza Aérea Española había partido de la pista militar del aeropuerto madrileño de Barajas pocas horas antes, para iniciar un largo viaje a Uruguay, de más de catorce horas de duración. En el país hermano, el presidente del Gobierno español, Felipe González, iba a asistir a los actos de toma de posesión del presidente uruguayo, Julio María Sanguinetti. En la cabina delantera de la nave, junto a Felipe González, además de algunos miembros de su *staff* como Julio Feo, o ministros, como Carlos Solchaga, iban tres invitados especiales: Antonio Garrigues, a la sazón presidente del Partido Reformista Democrático (PRD); su adversario electoral entonces en la lucha por el dominio del centro político, Adolfo Suárez, ex presidente del Gobierno y el actor Sancho Gracia, invitado personal de Sanguinetti dados sus orígenes uruguayos y sus vínculos familiares con uno de los linajes políticos más destacados de Montevideo. El resto del pasaje, funcionarios, policías; del servicio de escolta y representantes de los medios informativos.

Trascurridas algunas horas de vuelo, el Presidente ofrecía un aspecto físico de visible decaimiento, de ostensible cansancio, con el rostro abotargado y mortecino. Algunos de los pasajeros que le acompañaban se sorprendieron de la frecuente ingestión de pastillas de González, que el doctor Moneo, su médico personal, que le acompaña en todos sus desplazamientos, le entregaba de tanto en tanto. Adolfo Suárez le preguntó la razón de tantas pastillas y González le respondió: «Son para el estómago.» Poco después, González y Moneo se dirigieron a uno de los dos minúsculos compartimentos —uno a cada lado del pasillo— que se utilizan como dormitorios, donde reposan los Reyes o el Presidente en los viajes de Estado de larga duración.

Escasos minutos después, ambos abandonaron la cabina y regresaron a sus asientos. El doctor Moneo le había suministrado una medicación a Felipe González quien a partir de aquel momento, fue recuperando su viveza habitual, hasta tal punto que poco después mantenía una ardorosa e improvisada discusión con los periodistas, de varias horas de duración.

¿Cuál es el estado real de salud de Felipe González? ¿Qué hay detrás del espeso muro de misterio y silencio con el que el Presidente y sus compañeros de Partido y Gobierno ocultan una cuestión que atañe a todos los españoles? Estas y otras preguntas similares se plantean hoy las personas preocupadas en torno a la salud de González, una «mala salud de hierro» que le permite realizar largos y agotadores viajes y atender los importantes asuntos de Estado de su agenda en extenuantes jornadas de trabajo.

El episodio más ilustrativo sobre la salud de un dirigente político en cuanto a transparencia informativa se refiere fue, sin duda, el de las dos operaciones sufridas

por el presidente de los Estados Unidos, -Ronald Reagan, los días 12 y 13 de julio de 1985, en las que le extirparon dos pólipos intestinales, uno de ellos con células cancerosas. El suceso, además de ser el primer caso en la Historia en el que un presidente de Estados Unidos en activo se sometía voluntariamente a una operación de tanta trascendencia, entregando transitoriamente, y también voluntariamente, los poderes a su segundo, el entonces vicepresidente Bush, tuvo otros perfiles que suscitaron amplia admiración internacional.

Como en una recreación en clave político-quirúrgica de *Viaje alucinante* —aquella película de

Richard Fleischer, en la que un grupo de científicos son reducidos a un tamaño microscópico y posteriormente inyectados en un cuerpo humano— las operaciones de Reagan fueron precedidas por minuciosas exploraciones ópticas del aparato digestivo presidencial y transmitidas a todo el mundo a través de una minúscula cámara de televisión. Se husmeaba así en las más recónditas visceras de Reagan, para ofrecérselas a los telespectadores de todo el mundo en cualquiera de sus sobremesas.

El suceso fue destacado muy positivamente en los medios informativos occidentales, que sometieron a contraste tal alarde de transparencia informativa, comparándolo con la habitual opacidad europea en lo que se refiere a la salud de sus dirigentes, por no hablar de los países del Este, las naciones del llamado «socialismo real», donde las enfermedades de los dirigentes políticos no se revelan nunca antes de redactar los certificados de defunción y, a veces, incluso el fallecimiento se oculta a la opinión pública durante períodos de tiempo más o menos largos.

La democracia de la era de la televisión por satélite ha avanzado hacia una creciente publicidad de todos los aspectos de la vida de los dirigentes políticos, incluidas sus enfermedades. No es un capricho. La prueba es que afectan a los movimientos de la Bolsa y no digamos a las relaciones internacionales. Las famosas «cumbres» dependen de la fragilidad de la salud de sus protagonistas.

El presidente Johnson tuvo que enseñar a las cámaras la cicatriz resultante de una operación intestinal. No siempre ha sido así, particularmente en lo que respecta a las enfermedades y los secretos de alcoba. En Estados Unidos, funcionaba una especie de «pacto de caballeros» no escrito con la Prensa. Los periodistas sabían que el matrimonio Franklin y Eleanor Roosevelt no se llevaba bien, pero el hecho no trascendió a los medios. Se sabía también que la parálisis progresiva de Roosevelt avanzaba sin remedio. Se llegó a la famosa ficción de retratar sentados a los máximos dirigentes aliados en la Conferencia de Yalta, precisamente para disimular la parálisis de Roosevelt. El caso se empezaba a repetir en los últimos días de gobierno del presidente Kennedy. También aquí se evitó mencionar la grave dolencia de columna vertebral del Presidente.

En Europa aún se conserva en el acervo popular el viejo adagio romano según el cual «los Papas mueren, pero no enferman». Los políticos europeos son sumamente discretos en lo que se refiere a sus dolencias. Si el hipo que sufría Pío XII, al desvelarse su existencia, fue un auténtico sobresalto en la escandalizada feligresía, en cambio el cáncer de Juan XXIII no se conoció hasta que el Papa estaba a punto de fallecer. Algo parecido sucedió con otros dirigentes europeos, como el francés Georges Pompidou,

que ocultó la existencia del cáncer que le produjo la muerte, hasta los últimos días, a pesar de que la medicación recibida deformaba su rostro. El general De Gaulle silenció su operación de próstata, igual a la que tuvo que someterse en secreto Pablo VI en un improvisado quirófano vaticano.

Aunque en el pasado, también los Estados Unidos tuvieron casos de gran resonancia, uno de ellos, el del presidente Woodrow Wilson, a quien la arterioesclerosis alteró su equilibrio emocional y perturbó sus facultades mentales, a pesar de lo cual siguió en el poder varios años después de detectada su dolencia (Vallejo-Nágera, 87:386).

En junio de 1919, un joven psiquiatra español residente en una clínica parisina, en una noche de guardia recibió a un hombre que había sido detenido por pasear desnudo por las calles de París. Poco después comprobaron con asombro que se trataba de Wilson, presidente de los Estados Unidos, presente en Francia para la firma del Tratado de Versalles que puso fin a la Primera Gran Guerra. El curioso suceso se mantuvo oculto, hasta que Sigmund Freud lo reveló. A pesar de ello, Wilson siguió en el cargo dos años más, en los que sufrió una embolia que le dejó inválido e incapacitado, mientras su esposa, una mujer con escasa formación escolar, se convirtió en la persona que tomaba las decisiones sobre todos los asuntos de Estado que llegaban a la mesa de su marido.

Los tiempos han cambiado y hoy la conducta que se espera de los gobernantes democráticos está más cerca del ejemplo de las operaciones de Reagan que del hermetismo y oscurantismo que revelan los casos citados. Sin embargo, se sigue produciendo la ocultación de los achaques de los políticos por temor a los efectos electorales o a la alarma social que puedan suscitar. También encierran aspectos positivos que los políticos desdeñan, los componentes de abnegación y sentido de la responsabilidad que sugiere la dedicación a los asuntos públicos a pesar de las dolencias físicas.

La tradición española se halla en este punto más cerca de las posturas vaticanas que de la transparencia de las democracias occidentales de hoy. Las dolencias de los hombres de Estado pasan por la extrema reserva que se concede a todo lo que sucede en sus alcobas. El carisma palaciego se apoya en la veneranda tradición de la enfermedad como mácula, como revelación de la condición mortal de los humanos. Los cuerpos de los príncipes de la política son inconsútiles: no tienen ni costuras ni cicatrices. Los tiempos han cambiado y hoy se espera que la conducta de los gobernantes democráticos esté más cerca de los casos de las operaciones de Johnson o Reagan que de los otros ejemplos. La democracia no es un sistema inerte y fosilizado. Se perfecciona con la creciente publicidad de todo lo público.

En contraste con tal exigencia de los tiempos, el estado de salud del presidente González se sigue manteniendo en el más hermético y pudibundo de los secretos. El Presidente, en las ocasiones en las que se le interroga al respecto, siempre ofrece respuestas tranquilizadoras, incluso exultantes, de contenido similar a éste: «Siento darle un disgusto a la oposición, pero tengo una salud casi ofensiva. No recuerdo haber tenido nunca lo que en términos psiquiátricos se llama una depresión» (*Diario 16*, 22 de octubre 1985). En otras ocasiones, es una persona «extraordinariamente» sana o de

«una salud escandalosa» (Márquez Reviriego, 82:50). Las declaraciones presidenciales citadas pretendían salir al paso de insistentes rumores, alguno de ellos recogido en distintos medios informativos, que hacían alusión a una supuesta depresión del Jefe del Gobierno. Incluso un periodista, el fallecido Pedro Rodríguez llegó a hablar, con evidente licencia informativa, de intentos de «suicidio» (*Tiempo*, 7 de mayo 1984).

En contraste subconsciente con esas aseveraciones, tanto él como Guerra suelen presumir de necesitar dormir muy pocas horas, como si ello fuera síntoma de buena salud. Asegura González que «nunca toma pastillas para dormir» (entrevista con Julián Lago, *Tiempo*, 23 de mayo 1983). La falta de sueño estimula el trabajo. Confiesa que trabaja «unas ochenta horas semanales» (entrevista con Jesús Quintero, *Diario 16*, 11 de mayo 1984). Estas fantasías, propias, por otra parte, del personaje, se inscriben en la tradición española de hacer creer que las personas que nos gobiernan son lúcidos y abnegados superhombres. González es hipersensible a los rumores que hablan de su hipotética mala salud. Es una suerte de hipocondría al revés: aparentar más salud de la que se tiene. En una entrevista que hace Fernando Claudín en 1979 deja caer que «desde una óptica democrática no se perdona nunca al político que sea imprevisible. Lo cual afecta, por ejemplo, al liderazgo político de un hombre enfermo».

Lo cierto, sin embargo, es que la salud de Felipe González no es, precisamente, «ofensiva» ni «escandalosa» como él asegura. Tales afirmaciones suyas no son otra cosa que un episodio más en la larga y paciente tarea de remodelado de su imagen pública, prescindiendo de los hechos cuando éstos resultan incómodos o adversos. La realidad es, por el contrario, distinta.

El máximo dirigente socialista sufrió durante años una enfermedad crónica, alergia asmática o asma[^]de origen alérgico. Las perfumadas primaveras sevillanas —también los otoños—, reventando de flores de azahar, eran un auténtico suplicio para el Felipe González adolescente, que, en ocasiones, y desde que a los trece años brotó su dolencia, le mantenían en un auténtico espasmo de tos durante largos períodos de hasta cinco días de duración. El mismo lo relata:

«Para mí el síntoma de la época era el olor a azahar y a cera, que era y es muy típico de Sevilla. Siempre relacionaba el olor a cera y azahar en las calles con el asma. Eran ataques bastante intensos, que me tenían tres o cuatro días sufriendo, coincidían casi con el final de curso, lo cual era bastante desastroso para la preparación de los exámenes» (Márquez Reviriego, 82:47).

Sus compañeros de Sevilla conocen muy bien la dolencia de Felipe González que él describe. González reconoce también que su dolencia requiere un tratamiento con corticoesteroides, medicamentos a base de hormonas que se producen en la corteza de las glándulas suprarrenales.

Los corticoesteroides tienen un efecto curativo fundamental, que es el de su acción antiinflamatoria, por lo que se utilizan en los casos de asma, que es un síndrome clínico caracterizado por una disfuncionalidad bronquial nacida de un proceso

inflamatorio.

En septiembre de 1987, Felipe González visitaba la mítica Universidad de Harvard, el centro universitario más antiguo de Estados Unidos, fundado en 1636, situado en Cambridge, muy cerca de Boston, en el Estado de Massachusetts. El dirigente socialista atendía una invitación de la universidad para pronunciar una conferencia en uno de sus auditorios, ante personalidades como el intelectual del partido demócrata y celeberrimo economista John Kenneth Galbraith o el novelista mejicano y premio Cervantes, Carlos Fuentes. Por cierto, el presidente González departió durante algunos minutos con el gobernador del Estado, Mike Dukakis, entonces candidato demócrata a la presidencia de los Estados Unidos, con el consiguiente disgusto del Partido Republicano, uno de cuyos portavoces calificó la visita de González a Dukakis —recogida puntualmente por la prensa con los correspondientes testimonios fotográficos— de «perturbadora».

Uno de los informadores que acompañó al Presidente en su viaje americano, el director adjunto de *Diario 16* y coautor de este libro, recibió de Madrid una llamada telefónica con una información procedente de una conocida personalidad médica del país. Según el autorizado testimonio, la visita de Felipe González a Harvard, además de las razones oficiales, se debía a una vieja dolencia gástrica de tipo ulceroso y sangrante. Felipe González tenía deseos de ser reconocido por un especialista americano de cualquiera de los muy prestigiosos hospitales bostonianos. La información coincidía con el hecho conocido de la existencia de una úlcera en el duodeno de González. En la campaña electoral para las generales de 1977, Patxi, el médico que acompañaba a González en la avioneta de diez plazas *María III*, que utilizó en aquella campaña, hubo de ocuparse «de que a Felipe González no le fallara la garganta, no le molestara demasiado una incipiente úlcera duodenal» (Chamorro, 80:155-156). Los esfuerzos indagadores de José Luis Gutiérrez en Boston no sirvieron de mucho, en un país donde las cuestiones de la salud de los ciudadanos son mantenidas —si ésa es su voluntad— en el más impenetrable de los secretos. Tal hermetismo se ve incluso incrementado si el supuesto paciente es, como en este caso, una alta personalidad política. Ni siquiera los reporteros especializados en información hospitalaria del *Boston Globe* pudieron confirmar la noticia. Posteriormente, el entonces ministro portavoz del Gobierno, Javier Solana, interrogado sobre ello, lo negó categóricamente y terminantemente.

Sin embargo, las sospechas eran razonables porque el uso durante años de corticoides, como en el caso de Felipe González, produce una larga serie de efectos llamados iatrogénicos —consecuencias negativas y no deseadas generadas por una cierta medicación— y uno de ellos son los desarreglos y úlceras gástricas. Felipe González — todos los que le conocen bien lo saben— padece trastornos digestivos que le obligan a seguir una especial dieta alimenticia. El mismo lo admite al responder a una pregunta sobre su «gastritis»:

«Eso fue una secuela que tuve durante años (y afortunadamente ya se me pasó, aunque a veces vuelva algo). Fue una secuela del tratamiento de la alergia asmática, que no sé si sabes que se trata con corticoides, y eso produce un cierto daño en el

estómago. Lo que pasa es que uno ya se acostumbra a autorregu-larse y, entonces, yo como poco y suelo comer comidas sanas. Lo que debería ser una dieta anormal para cualquiera, para mí es dieta normal y, además, la dieta me va bien» (Márquez Reviriego, 82:52).

No es ésta la única secuela del uso de corticoides. Desde la primera legislatura de la transición democrática, Felipe González se distinguió como orador parlamentario, y no solamente por su eficacia y reflejos retóricos. Su peculiar sentido del gesto parlamentario, incluso el poderoso liderazgo que ya entonces comenzaba a ejercer sobre el Partido y su grupo parlamentario, hicieron que muchos imitaran sus poses oratorias, sus ademanes y gestos, incluso sus atuendos —los famosos trajes de pana, las cazadoras o las chaquetas de *sport* inglesas con coderas—. Su postura era de ademán pausado, con la mano izquierda casi siempre en el bolsillo y la derecha, accionando con el pedagógico, paternal o admonitorio dedo índice, en ademán de «pantocrátor bizantino». Todo ello, unido a una muy peculiar postura del cuello y la espalda. De los numerosos e inconscientes imitadores que le salieron a Felipe González, uno de ellos se destacaba especialmente por la fidelidad con que reproducía el gesto de su líder. Se trataba del diputado Ciriaco de Vicente, quien, a pesar de su condición de experto en cuestiones sanitarias, no advirtió que en su imitación estaba adoptando de forma artificial uno de los síntomas que caracterizan el llamado «síndrome de Cushing» que *afecta*, a quienes tienen un exceso de corticoesteroides en la sangre. Efectivamente, este síntoma, conocido como «jiba de búfalo» o «morri-llo», generado por la obesidad de nuca, es perceptible en la silueta de Felipe González, como también lo es el llamado efecto de «cara de luna» generado por la hinchazón facial, visible a veces en el rostro de González ante las cámaras televisivas o las fotografías periodísticas.

Otros efectos secundarios del uso de corticoides son el insomnio, el aumento del vello, la obesidad de tronco, los dolores de cabeza, la inestabilidad y alteraciones de carácter.

Los desmentidos de Felipe González sobre sus supuestas «depresiones» se producen, pues, para contrarrestar rumores y testimonios que circulan en los medios políticos desde hace años. El entonces presidente del Gobierno, Adolfo Suárez y el vicepresidente, Fernando Abril Mar-torell, durante los años de la transición y el «consenso» preciso para la elaboración de la Constitución, ya estaban acostumbrados a las famosas «desapariciones» de un Felipe González en paradero desconocido durante varios días o incluso semanas. Algunas veces —ambos lo han relatado en diversas ocasiones— el Jefe de Gobierno precisaba ponerse en contacto con el entonces líder de la oposición, Felipe González, sin que hubiera manera de averiguar dónde se encontraba hasta que, pasadas una o dos semanas, reaparecía.

El puntilloso observador que es Manuel Fraga lo certifica: «Lunes, 29: Parece que Felipe González sufre de estrés» (Fraga, 87:146).

El dato negativo es que el público no sabe de la enfermedad del Presidente más que a través de confusos y atropellados desmentidos. Se perpetúa así la tradicional concepción sacra del poder. Si los príncipes son «enviados de Dios», los «príncipes de la

política» han de presentarse con las cualidades arcangélicas que les liberan de las ataduras al cuerpo mortal: frugalidad en el comer y el libar, sin apenas dormir, sin dolencias vulgares. A través de su salud y de sus hábitos asistimos a una sutil sacralización de la figura de González.

CAPITULO III

EL LENGUAJE DE GONZÁLEZ: LA SEMIÓTICA DE LA CONFUSIÓN

Si se habla de felipismo es porque Felipe González es algo más que un líder de un partido, un gobernante. Es, en sí mismo, todo un estilo de mandar. En ese estilo entra también su magistral retórica, un uso peculiar del lenguaje, que no es sólo ni fundamentalmente una entonación, unos gestos, un acento regional. Este es otro de los aspectos positivos del personaje. González entona un andaluz culto de gran belleza, reconocido incluso por uno de los periodistas más críticos del felipismo, el también andaluz Antonio Burgos. No es sólo una cuestión de entonación, sino de retórica. La retórica felipista, lo que podríamos llamar el lenguaje «gonzalesco», compuesta de mil ardidés y muletillas, acaba permeando el modo de hablar de una clase entera. Si no de una clase, al menos de gran parte de la «familia socialista», como a sí mismos se designan los dirigentes del PSOE.

La gran variedad de recursos retóricos se despliega para un fin inconfesable: decir lo menos posible con el máximo número de palabras, y de palabras esotéricas si puede ser, para que el compromiso sea mínimo. Para confundir, nada como utilizar palabras polisémicas. Por ejemplo, González confiere a «horizonte» muy distintos significados (lapso, plazo objetivo).

Decía José Ortega y Gasset: «Una política es clara cuando su definición no lo es. Hay que decidirse por una de estas dos tareas incompatibles: o se viene al mundo para hacer política, o se viene para hacer definiciones» (Ortega III, 87:618). González, a esa falta de claridad, le añade su personal «semiótica del barullo». Nada se ajusta tan bien a la personalidad de González como la realista descripción orteguiana. Coincide con el juicio de uno de los biógrafos del líder socialista:

«Cuanto más diáfana sea la composición de un político y más nítido el sentido de sus intenciones, más expuesto estará al desplazamiento hacia el exterior del mercado político, en beneficio y ventaja de aquellos de sus colegas cuyo carácter y personalidad no adolezcan de tales *vicios* políticos de composición» (Chamorro, 81:202).

Felipe González se halla lejos de la diafanidad y la nitidez; por eso su capacidad para subordinarlo todo al fin de mantenerse en el poder. Puede que ese mismo fin y esos mismos medios se los planteen otros muchos políticos, pero hay que reconocer que, en la labor de oscurecimiento del léxico, González es un maestro. Hay momentos en que sus trabalenguas y circunloquios recuerdan los hilarantes soliloquios de Mario Moreno «Cantinflas». Veamos, por ejemplo, esta respuesta de González a la pregunta «¿Qué es para usted ser hoy de izquierdas?»:

«Gobernar en un momento en el que uno tiene que optar entre inventar el futuro para que la derecha gobierne el presente o gobernar el presente para construir el futuro. Yo creo que hay que tener el coraje político de gobernar y tomar decisiones y no refugiarse en cómo sería el futuro mientras la derecha gobierna el presente. Esto me parece ser de izquierdas» (*El País*, 4 de diciembre 1988).

El galimatías es todo un arquetipo de esa inclinación de *González* a oscurecer la realidad. Para el líder socialista, el complejo debate ideológico que ocupa hoy a la izquierda en todo el mundo no parece existir. Viene a concluir, con bastantes más palabras, que ser hoy de izquierdas significa evitar que gobierne la derecha, aunque para ello haya que adoptar sus mismas recetas económicas, sus viejos resabios autoritarios.

No se busque tampoco ningún sistema en los retorcimientos léxicos de *González*. Juegan aquí muchos factores: los reflejos, la capacidad de improvisación, la intuición, el mimetismo, la inercia de las modas en los usos del lenguaje. La maestría está en saber sacar partido, nunca mejor dicho, de esa suma de hallazgos, siempre con el propósito último —no se olvide, aunque no se exprese— de prolongar las situaciones que mantienen a nuestro hombre en el poder. Por sus éxitos lo conoceréis.

Un dato primordial es que Felipe *González*, a pesar de sus deseos de liderazgo mundial, no sabe una palabra de inglés. En alguna entrevista su mujer bromeaba con el hecho de que Felipe ya había aprendido a decir «ap, ap» a una perrilla inglesa que les habían regalado (el monosílabo onomatopéyico *up* se utiliza en inglés para indicar a los perros que se levanten sobre sus patas traseras). Era la única palabra que podía pronunciar. Este desconocimiento no desplaza, sino que refuerza, el uso de anglicismos, moda usual en España, a la que el Presidente se somete con gusto y hasta con gracia. Así, ese circunloquio tan corriente en la parla anglicana que se traduce literalmente por «déjeme decirle algo» es latiguillo que fascina al verbo presidencial. El ministro Solchaga —entre otros varios— lo repite constantemente. Hay un momento en que se le oye decir a *González*: «Déjeme que le diga algo que me parece bastante contundente.» A propósito, Felipe *González* es hijo de su época y se ha contagiado del nuevo sentido que el lenguaje coloquial de los jóvenes dan al adjetivo «bastante». No es menos que «mucho», sino más que «mucho»: en la práctica ha venido a sustituir al «muy», que a su vez se rebaja con el «como muy» de los adolescentes de hoy.

La introducción de palabras inglesas en la conversación da prestigio al que habla. Felipe *González* lo sabe y utiliza a veces este recurso, aunque el barbarismo no quiera decir nada, está ahí, casi al azar. Véase, por ejemplo, esta frase: «Creo que todavía estamos en ese *gap* histórico que supone que cada poder independiente del Estado tiene que asumir la cuota de responsabilidad que le incumbe» (*La Vanguardia*, 5 de abril 1984). Naturalmente, *González* no quiere decir que sea un *gap* (un hiato, un foso, como cuando se emplea en la expresión acuñada de «*gap* generacional»), sino una especie de reto, pero el monosílabo suena bien. Como la frase no pasa de ser un lugar común, el barbarismo le da categoría y misterio. Es lo que hacían los predicadores de antaño con los latinajos. Por cierto, la palabra «responsabilidad» es una de las favoritas de *González*, por ser larga, abstracta y moralizante.

El gusto por el inglés lleva a nuestro hombre a aceptar cultismos injustificados como

credible (González, 78:87), en lugar de la forma «creíble» en que ha derivado en castellano la voz latina *credibilis*. Lo de *credible* se explica, quizá, por otro vocablo de importación, éste más general, que es «credibilidad». En la jerga política actual, este vocablo no es tanto la «cualidad de ser creíble» (que es lo que ha sido siempre en español), como la capacidad de ser creído por parte del cuerpo electoral. Mejor podríamos hablar en castellano de «crédito político», pero los profesionales de la política, y González el primero, se extasían con lo de la «credibilidad».

Felipe González se ha aficionado a algunas muletillas traducidas literalmente del inglés, que en español no tienen mucho sentido, pero que suenan bien. Por ejemplo, ésta: «Es su problema, no el mío.» O el pedagógico «miren ustedes». Por cierto, del inglés (o puede que en este caso sea un reflejo del habla andaluza, que es la que ha cundido en Iberoamérica) se toma el uso del «usted/ustedes», en lugar del «tú/vosotros» que es hoy más corriente en España. Y más todavía en los círculos socialistas, donde es el tuteo lo que priva, aunque sólo sea por razones generacionales. De ahí que resulte chocante el tratamiento de «ustedes» a un auditorio de correligionarios. En enero de 1989, en las conversaciones de La Moncloa entre el Gobierno y los líderes sindicales, González se dirigió a estos últimos unas veces de tú y otras de usted. Pocos días antes González había escrito sendas cartas a Nicolás Redondo y Antonio Gutiérrez encabezadas por el frío y aséptico tratamiento de «muy señor mío», cuando lo habitual es que los tutee. El resultado de esta ambivalencia es un cierto distanciamiento que no deja de tener su función. Felipe González hubiera dicho su «funcionalidad», dado su amor por las palabras sesquipedálicas. En algún caso llega a hablar de «institucionalidad». Por lo mismo acude a «reforzamiento» (por «refuerzo»), «potencialidad» e incluso «rei-vindicacionismo». Es también el gusto por los abstractos, que dan empaque científico. En una entrevista publicada en *El Socialista* con ocasión del 27º Congreso (1976), González habla de «la autonomía de cada nacionalidad o regionalidad». Esta palabra de «regionalidades» pasa a las actas del Congreso. Hay un rasgo en esa entrevista que aflora otras veces. Es el gusto por las expresiones arcaicas, tales como «por ende» o «a fuer de» («socialista a fuer de liberal», fue la famosa cláusula de Indalecio Prieto). Los documentos del Partido gustan de la expresión «en el seno de», tan antigua, como equivalente del adverbio «dentro».

Las anteriores muletillas no son traídas por casualidad. Se importan porque a Felipe le preocupa mucho (él diría «bastante») el efecto pedagógico de que se le entienda, de que lo que diga esté claro. Acostumbra a introducir entre comas frases como «y lo digo con toda claridad». A Antxón Sarasqueta le confiesa: «Yo siempre digo lo que quiero decir» (Sarasqueta, 84:178), que es también una inconsciente traducción literal del inglés.

Hay una obsesión, ya citada, en el pedagógico Felipe: no lograr comunicar bien lo que quiere decir. González proyecta, a veces, esta desazón sobre un «nosotros», que es el Partido, sus dirigentes, que no saben explicar «a los ciudadanos» lo que se proponen. Estas urgencias explicativas generan, a su vez, más logomaquias. «A veces hablamos un lenguaje ininteligible», confiesa González en un arranque de sinceridad ante el disciplinado auditorio de la Escuela de Verano del PSOE (*Diario 16*, 25 de septiembre 1987). La ininteligibilidad es la consecuencia de la mística del poder. «Un no

sé qué que queda balbuciendo», según la soberbia expresión de San Juan de la Cruz.

Ante la pregunta que le hace Pedro J. Ramírez sobre el balance del primer año de integración en la Comunidad Económica Europea, Felipe González contesta: «Tenemos que esforzarnos (se entiende, el Partido) en explicar el balance, que, a mi juicio, es positivo, y lo será aún más en el futuro» (*Diario 16*, 19 de octubre 1986). Obsérvese el extraño circunloquio. No se dice que el balance sea positivo (siempre lo es en la parla política, aunque sea tan dudoso como en este caso), sino que «tenemos que esforzarnos en explicarlo». El sonsonete de «a mi juicio» (con jota aspirada) es uno de los preferidos de González. Es posible que lo adoptara de Tierno Galván, un maestro en aparentar mansedumbres y relativismos. Todos esos recursos contribuyen a dar una apariencia de humildad, de moverse en el plano de lo cotidiano. Como en el famoso grupo escultórico de Rodin, González querría ser uno más de «los ciudadanos de Calais», en pie de igualdad con los otros, todos a ras del suelo.

Otra influencia del habla inglesa —ésta más general en el castellano actual— es el abuso del pronombre «yo», que en romance sólo debe sacarse a relucir cuando se quiere hacer una declaración enfática. Acaso no tenga más función que la de alargar un poco la frase. Por ejemplo, en lugar del escueto «puedo», que diría un español fino, esta nueva jerigonza lo traduciría por «yo estoy en condiciones de». González es muy aficionado a esta fórmula. A lo largo de estas páginas se encuentran algunos ejemplos de ese obsesivo énfasis en el «yo». Pero donde el Presidente despliega todas sus artes retóricas es en el uso del eufemismo. No hay nada original en esa creación. Simplemente se suma a las corrientes del momento. Los parados de antaño pasan a ser «desempleados» y la lucha contra el paro se convierte en «política de creación de empleo», que en la práctica consiste en subvencionar a los empresarios, ahora tenidos por «empleadores». Qué gran acierto, las sucesivas mutaciones de NATO (siglas en inglés, North Atlantic Treaty Organization) en OTAN (siglas en francés y en español) y sobre todo en la Alianza Atlántica o simplemente, para mayor vaguedad, la Alianza. Cada paso que se da en esa progresiva transmutación, en la misma proporción pierde virulencia. Ya estaba en el 1984 de Orwell con la forma de denominar los ministerios. No es una fantasía. El antiguo Ministerio de la Guerra pasa a llamarse del Ejército y, ahora, de Defensa. ¿Tardará mucho en denominarse «Ministerio de la Paz y la Seguridad»? Felipe González y otros colegas suyos no hablan ya de «política militar», y no digamos de «política bélica», sino de «política de paz y seguridad». Los orwellianos ministerios de la Verdad o de la Abundancia son sólo una imitación de la realidad. En esto como en todo, *González* se adapta al modo que tienen los foros internacionales de entenderse.

En vísperas del famoso referéndum sobre la OTAN, preguntado en televisión sobre las diferentes posturas que, con respecto al asunto, había mantenido a lo largo de los años, contesta González:

«La diferencia, a mi juicio, enormemente importante, es que nosotros queremos conocer, no sólo compartir, el destino de los europeos; queremos conocer decisiones que nos afectan, estemos o no dentro de la Alianza, y en este momento estamos dentro de la Alianza, así de claro» (*Diario 16*, 27 de diciembre 1985).

La frase es todo un compendio de la retórica felipista. Cuando algo empieza por «enormemente importante» y termina por «así de claro» es que entre medias no hay más que una confusa trivialidad. El texto ejemplifica algunos de los trucos retóricos que ya hemos señalado. Añadamos uno de los adjetivos favoritos de González, realmente de moda en el lenguaje político actual: «importante». Todavía hay un grado en su uso por encima «enormemente importante». La muletilla es la marca de la casa. Se encuentra, por ejemplo, en los textos de Elías Díaz y se oye por doquier a todos los políticos. Alguno insiste en lo de «tremendamente importante» (Música, 80a).

La invención de eufemismos no sólo se explica por el mimetismo de los ambientes diplomáticos. Hay una tradición nacional que pesa tanto o más. Cuarenta años de franquismo han hecho estragos en los usos del idioma político. La misma palabra «política» adquirió en tiempos de Franco una vaga connotación despectiva y hasta perversa. He aquí otra supervivencia. Así tenemos, por ejemplo, la utilización del difuso adjetivo «institucional» como sinónimo aguado y grandilocuente de «político». A finales de 1988, los sindicatos plantean una «huelga general política»: huelga porque se deja de trabajar, general porque vacan todos los gremios, política porque no protestan contra las respectivas empresas, sino contra el Gobierno. Pues bien, el Gobierno —en su deseo de deslegitimar la huelga— utiliza esa expresión, pero justamente por la connotación que quiere dar a las palabras «huelga» y «política». Hay una explicación de fondo. El felipismo niega la capacidad plena de hacer política a las instancias ajenas al juego de los partidos, siempre que el PSOE mantenga la mayoría absoluta en el Parlamento, claro está. En este caso el truco semántico era un dardo envenenado contra la inesperada popularidad de Nicolás Redondo y Antonio Gutiérrez. Según las nuevas ideas (viejísimas) del felipismo, toda crítica al Gobierno o al Partido se descalifica como «política». Afirma Guerra que la Prensa, «con alguna excepción», tiene organizada una «campana de acoso» contra el Ejecutivo socialista, lo que supone «haber trastocado su papel de informar y criticar por otro de clara actividad política contra el Gobierno» (*El País*, 22 de febrero 1987).

Otro tic franquista es el temor al conflicto, a la crisis. Hoy como ayer, en lugar de «crisis de Gobierno», que es lo que es, se emplean expresiones tales como «remodelación ministerial» o «reajuste del Gabinete». González es muy amigo de ellas, como enemigo de admitir que hay disensiones, fisuras u opiniones encontradas dentro del Gobierno y aun del Partido.

El PSOE acarrea dos indelebles señales de identificación: el federalismo y el republicanismo. De este último, ni se habla ya. El adjetivo «federal» González lo sustituye a veces por «federativo». Por lo mismo, en la conversación política actual se suele hablar de «progresivo» o «de progreso» para no utilizar «progresista», adjetivo que, por otro lado, se puede emplear desde otras varias formaciones políticas. Esta confusión de significados era muy propia también del franquismo.

Con ocasión de la huelga de diciembre de 1988, se resucitó otra acepción franquista: «rojo», con toda su carga despectiva. Al convocar la huelga la UGT, el comentario de González fue que los obreros de ese sindicato (por cierto, llamados «sindicalistas», otra expresión adulterada por el franquismo) habían experimentado un «corrimiento hacia el rojo». Es muy posible que González estuviese al tanto del último éxito de librerías, la

Historia del tiempo, de Stephen Hawking.

Desde luego, no hay mejor eufemismo franquista que llamar al franquismo «régimen anterior». Ya hemos dicho que a Franco le molestaba la palabra «franquismo» por lo mismo que a Felipe le encocora la de «felipismo». Sin embargo, en diciembre de 1988, con su acostumbrada habilidad, supo hacer de la necesidad virtud, al señalar que el término «felipismo» era el contrapunto de la izquierda al «thatcherismo». Felipe no tiene empacho, en cambio, en referirse al «suarismo», entidad ideológica de dudosa definición.

Lo de la imagería astronómica del «corrimiento hacia el rojo», nos lleva a otro de los rasgos de la retórica felipista: el cientifismo. Aquí sí que está más claro el propósito de oscurecer el lenguaje, de hacerlo más arcano. De oscurecerlo y de enaltecerlo con el prestigio que dan los términos científicos. Felipe González emplea a troche y moche lo de «hipótesis de trabajo», aunque no quiera significar más que un humilde propósito o se trate de una explicación personal de algún suceso trivial. Por lo mismo, abusa del término «parámetros» con los más vulgares y variados significados. Le entusiasman voces como «coordenadas» o «fraccional» (en general, los adjetivos en *-al*, otra manía anglicana). Durante un tiempo, gustaba de mencionar el «referente» (como sustantivo), cultismo que ahora emplea José María Benegas a discreción. El «modelo» de esto o de aquello es otro de los términos predilectos de González. No se le puede calificar de innovador cuando abusa del «en función de» en lugar de proposiciones más simples, porque éste es ya vicio común. Por lo mismo, el vulgar «punto de vista» se transforma para González en la «óptica»; por ejemplo, «la óptica socialista».

Hay veces en que el neologismo restalla, no se sabe si como audaz adaptación de algún vocablo foráneo o como parte de la jerga científica. Este es el caso del adjetivo *espúreo*, inexistente en español, pero que a González le gusta repetir y no sólo con el sentido de espurio o ilegítimo (por ejemplo, en la entrevista con Julián Lago en *Tiempo*, 10 de marzo 1986). Lo curioso es que no sólo pronuncia así la palabra, sino que los correctores de pruebas se la transcriben tal cual en los medios escritos. ¿Acabaremos todos diciendo *espúreo*? En realidad la moda está en la calle. En esto como en todo, González ventea un rastro popular y lo sigue.

La técnica del circunloquio lleva a nuestro hombre al gusto por los pleonasmos. No le basta hablar sólo de «proyectos», sino que tiene que decir «proyectos de futuro» (como si hubiera algunos que fueran de pasado). Una de las expresiones más caras al lenguaje «gonzalesco» es la de «ciudadanos españoles». No se sabe muy bien lo que significa, sobre todo cuando lo deja sólo en «ciudadanos». Se supone que equivale a «nacional» (sustantivo). Según eso, y refiriéndonos a España, ¿habría ciudadanos que no son españoles? ¿y españoles que no fueran ciudadanos? ¿Son ciudadanos los niños?

El circunloquio es compatible con el modo apodíctico de hablar, el hacerlo de forma terminante, que no quepa duda sobre lo que el orador quiere decir. Es lógico que un político haga gala de esta figura retórica. Pero es que a *González* le entusiasma. Son diversas las técnicas para conseguir ese efecto apodíctico. Está, por ejemplo, la conjugación en distintos tiempos o con varios auxiliares. Hay que recordar aquí el famoso precedente de Adolfo Suárez con su «puedo prometer y prometo».

González aprendió pronto el truco. «Puedo afirmar», dice a veces. O en otra ocasión: «Pueden ser, deben ser y serán las urnas las que diriman el destino de España» (entrevista con Juan Luis Cebrián, *El País*, 13 de diciembre 1982). Por cierto, que no está claro cómo se puede dirimir un destino (aún sabiendo lo que pueda ser eso del destino de España), cuando ese verbo implica la resolución de un conflicto. En otra ocasión afirma para pasmo de sus seguidores: «Nunca he sido socialdemócrata ni lo voy a ser» (*Interviú*, 12 de octubre 1979). ¿Cómo podía asegurar que no lo iba a ser? Sobre todo porque era lo que estaba empezando a ser al renunciar al marxismo radical. La técnica redu-plicadora la emplea en numerosas ocasiones. En el debate sobre «el estado de la Nación», de febrero de 1989, González apostilló: «Este Gobierno ha gobernado, gobierna y gobernará.» Está clara la voluntad de transmitir autoridad.

Un ardid dialéctico al que recurre mucho González, cuando se presenta un conflicto o un error, es el de decir que «lo asume». No se sabe muy bien qué quiere decir este verbo en ese uso. En la práctica tiene un significado mágico. Al «asumir» la equivocación, ésta queda conjurada: ya no hay más que hablar. A veces se refuerza la táctica dilatoria con la apelación a que eso mismo se hace en los otros países democráticos, que sirven vagamente de contraste. Una muestra. Se presenta el llamado «caso Nani», un delincuente «desaparecido» (en el peculiar sentido latinoamericano del término) mientras estaba custodiado por la policía y al que se le aplicaron las especiales medidas represoras de la «ley antiterrorista». El comentario de González fue éste: «Yo, desde luego, asumo la responsabilidad de todo lo que ocurre en mi Gobierno, como todos los responsables de los países democráticos» (*El País*, 7 de mayo 1988).

A lo largo de este libro se recogen numerosos ejemplos del gusto de Felipe González por los juegos de palabras, por los razonamientos un tanto «cantinflascos», muy del gusto, por otra parte, del público español. Ya hemos aludido a ello. Si se combina con la autoridad del que habla, permite que se le atribuya una gran sabiduría. Un modelo de esta forma de razonar:

«Si dentro de un año la situación [respecto al terrorismo] es mejor, será porque ha comenzado a arreglarse hoy; si no, la situación será mucho más difícil. Ese es el planteamiento que me hago en términos de racionalidad» (*ABC*, 4 de octubre 1980).

Otro ejemplo del lenguaje que podemos llamar «cantinflasco», lleno de tautologías y de aparentes razonamientos filosóficos, puede ser éste: «Tenemos que comprender cuál es la situación de España y quizá lo más hondo de esta reflexión sea decirles a todos que España depende de lo que nosotros hagamos de España, nosotros, todos los ciudadanos españoles» (entrevista con Jaime Peñafiel, *Hola*, 20 de diciembre 1982).

Pongamos otro símil. El estilo de González recuerda al de los arabescos, esos dibujos geométricos de la decoración árabe en los que no se sabe dónde empieza y dónde termina el trenzado, en los que no hay hueco* posible sin dibujo, con la

obsesión de llenarlo todo.

El lector ingenuo se preguntará si, después de tantas volutas retóricas, el Presidente se llega a creer todo lo que dice. También para esto hay respuesta. Asegura con donaire Felipe González: «Tengo la puñetera desgracia de creerme lo que digo y decir lo que creo» (ABC, 7 de noviembre 1981).

Los juegos de palabras se aplican en ocasiones a absurdas cuestiones teóricas, como esta peculiar definición de democracia:

«La gente cree que la democracia es un régimen idílico y no es verdad. Muchas veces la democracia es el fruto de compromisos y acuerdos multilaterales frente a otros acuerdos multilaterales» (Aguilar y Chamorro, 77:51).

El juego del exceso retórico lo practica González en los momentos más solemnes. Esta es la vívida descripción que hace Antxón Sarasqueta de uno de esos momentos:

«A las diez de la noche del domingo 13 de marzo de 1984, nada más concluir en el primer canal de Televisión Española el programa concurso *A la caza del tesoro*, apareció sin mediar anuncio alguno, la imagen del presidente González, sentado en una silla de madera junto a la chimenea encendida en una bodega de reciente construcción en los bajos del Palacio de La Moncloa, con una pared de ladrillos azules y blancos —estilo morisco— al fondo. Felipe González utilizó un mensaje de diez minutos para pedir solidaridad y sacrificio a la nación en el marco del proyecto de la reconversión industrial, y prefirió diálogo... pero luego añadió:

"Si alguien pretende que cambiemos nuestra política para no alcanzar esa modernización... el Gobierno no podrá aceptar ese tipo de diálogo" » (Sarasqueta, 84:109).

Lo de «reconversión industrial», y no digamos «modernizar», son aquí piadosas convenciones eufemísticas para indicar despidos de trabajadores en masa. Se comprende que, ante esa dura política, el Presidente solicitase un diálogo tan extraño. Esta plástica televisiva es un remedo de las legendarias «charlas junto a la chimenea» de F. D. Roosevelt, en las que solicitaba al pueblo americano los sacrificios necesarios para superar la Gran Depresión de los años treinta. Las charlas radiofónicas de Roosevelt comenzaron en 1933 y no fueron tan frecuentes como se suele pensar, pero sí se hicieron popularísimas. Marcaron un estilo de explicar las decisiones políticas a las gentes del común. El presidente Cárter intentó resucitar las «charlas junto a la chimenea», pero en televisión. Se recuerda la indumentaria que eligió para la ocasión: una amplia chaqueta de punto (*cardigari*), que acentuaba la sensación de comodidad en familia. Entre nosotros, Marcelino C amacho ha utilizado con gracia una prenda parecida, el famoso jersey que le tejió su mujer cuando el líder sindical estaba en la cárcel. Felipe González y Nicolás Redondo se han puesto cazadoras de cuero, una indumentaria menos cálida, pero igualmente desprovista de etiqueta. Hay también un lenguaje simbólico de las prendas de vestir.

Son escasas las piezas firmadas por Felipe González, fuera de los discursos. En

contra de una larga tradición española —rota por Adolfo Suárez— a Felipe González no le gusta escribir, ni leer, si bien él se encarga de recordar que dedica a la lectura placentera dos horas diarias. Como todo el que lee poco asegura que su libro de cabecera es el *Quijote*. Eduardo Sotillos ha llegado a asegurar que González se sabe de memoria párrafos enteros de la inmortal obra de Cervantes.

La retórica verbomotora de González se vierte en charlas con periodistas, su género favorito. Entre los escritos, figura algún prólogo, como el que dedica al pretencioso libro de M. Castells y otros sobre *Nuevas tecnologías, economía y sociedad en España* (Alianza Editorial, 1986). Si breve, tal prefacio ilustra bien el conjunto de artes retóricas del Presidente. Algún crítico podrá pensar que este tipo de literatura se encomienda a *negros*, escritores anónimos en régimen de maquila. Es posible, pero en este caso se habría conseguido un milagro de identificación al lograr que el «negro» se expresara como el amo.

Esta prosa, en un libro sobre las nuevas tecnologías, se halla muy lejos de los primitivos textos políticos, tan combativos. Se acomoda más bien al estilo tecnocrático, científico, que tanto encandila al último González. Se habla de revolución, claro, pero de «revolución tecnológica» o de «tercera revolución industrial».

El brevísimo prólogo contiene innovaciones léxicas tan atrevidas como «informacional» o «reubicación». Tiene abundantes circunloquios, como la sustitución del verbo «poder» por la cláusula «estar en condiciones de» o el uso de «reforzamiento» en lugar del más vulgar «refuerzo». *Goza*, de los adverbios terminados en —*mente* (incluso del reduplicado «independientemente»): hasta tres en una frase. La metáfora más repetida es la vial (¿herencia de Antonio Machado?): camino, encrucijada, tramo, cambio andado, en vías de, hitos.

El lenguaje de Felipe González ha ido haciendo virtud de una necesidad: la de mantener un radicalismo verbal, con el que apaciguar a las masas de militantes, para ocultar una táctica sensata, pragmática, que le permitiera conquistar a un electorado mucho más amplio. El fin deseado y oculto es el de acceder al poder y permanecer en él. Esta ambivalencia no es un descubrimiento de González. Se puede rastrear en la historia entera del PSOE, de modo eminente en los años heroicos de la primera dirección de Pablo Iglesias. La disonancia entre el radicalismo verbal y la conducta apaciguadora encuentra su punto de inflexión en el 27º Congreso (1976). En este cónclave, González prepara sus armas para convertir al PSOE en un partido con vocación de poder no compartido. Al tiempo, emite el lenguaje más incendiario que podían haber escuchado los militantes desde los preparativos de la Guerra Civil. Un buen conocedor de la historia del PSOE juzga así esta ocasión: «El 27º Congreso presentó al público español no tanto los planes políticos del PSOE como la personalidad de su máximo dirigente... Fuera del Partido, pocos fueron los que leyeron las resoluciones del Congreso para averiguar la posición del PSOE. Lo que pretendían los más era escuchar a Felipe González» (Gillespie, 89:325).

En ésta y en otras ocasiones solemnes, ni siquiera importa lo que dice, sino cómo lo dice, en la mejor tradición del teatro español. *El burlador de Sevilla* sería la imagen apropiada si se nos permitiera jugar con el doble sentido de la expresión.

No es casualidad que las maravillosas dotes histriónicas de González hayan tenido como empresario teatral a Alfonso Guerra, que esa fue su primitiva y frustrada vocación. Después del radicalísimo 27º Congreso, el PSOE se asegura de golpe cinco millones de votos en las primeras elecciones generales. Eran los que habían «escuchado» a Felipe y no habían «leído» las incendiarias resoluciones del Congreso. Es la misma actitud de los que disfrutan de una bebida refrescante sin querer averiguar lo que contiene. Estamos en la era mercantil de la política. La gente compra marcas, palabras, gestos. ¿Qué mejor marca que el PSOE, qué palabras más envolventes que las de Felipe González y qué rostro más simpático que el suyo.

CAPITULO IX

DEL VIEJO PSOE AL FELIPISMO POSMODERNO: LA REESCRITURA DE LA HISTORIA

El éxito de González y de sus fieles ha consistido en hacerse con unas siglas —PSOE— que constituían casi un bien mostrenco en los años setenta, pero que encerraban un inmenso caudal político. Por cierto, en su disparatada voracidad, pretendieron incluso apoderarse del diccionario. Llegaron a poner un pleito al PASOC de Alonso Puerta por el uso de la palabra «socialista» —que reclamaban en exclusividad— en la cabecera de una publicación.

Por desgracia, la historia del viejo PSOE quedó truncada por esa cruel cizalla que fue el franquismo. Ese vacío no se llenó con los restos de lo que había sido el socialismo histórico. En su lugar se alzó un elenco de nuevos políticos, personificados por Felipe González y como él jóvenes de extracción más bien «católica», de clase media, de ideología confusa o sincrética, bastante alejados de los centros fabriles. Positivamente pasaban por progresistas, pragmáticos, y manifestaban una incontenible ansia de «liberarse» de sus respectivas profesiones, en donde sólo podían pretender un mediano, si no mediocre, pasar. Para designar al fenómeno secular del PSOE podemos seguir hablando de socialismo. Para entender este último episodio de la toma del poder del Partido por el grupo personificado por González, hablaremos mejor de felipismo.

Franco odiaba la etiqueta de «franquismo». Algo parecido, salvando todas las distancias, ocurre con la palabra «felipismo». González y los felipistas la rechazan de plano, precisamente porque el juego retórico encubierto somete a la inteligencia del observador el parentesco entre una y otra voz. Hasta un socialista crítico tan conspicuo como Antonio G. Santesmases se resiste a la asociación: «Las conexiones que se pretenden establecer entre el felipismo y el franquismo son injustas y están fuera de lugar» (1989). Es posible que sean injustas, pero no están fuera de lugar, como concluirá quien siga leyendo.

En una conferencia que pronunció Luis Gómez Llórente en la Federación Socialista Madrileña en 1979, se anticipa el peligro de que el PSOE se pudiera trocar en un «populismo» y que en consecuencia renegara de ser un «partido de masas», ambicioso del poder total, no sólo del poder de las instituciones gobernantes. Para ello tiene que llegar a controlar la miríada de los «movimientos populares». El conferenciante propone esta prueba para esa necesaria transformación: «Fijaos bien. Alguna vez habrá que hacer una huelga general» que no sea «de simple manifestación», sino «de combate». No ha pasado un decenio desde esa propuesta y la «máquina del tiempo» nos dibuja las siguientes realidades: un PSOE que es, en verdad, un populismo, más cerca de sus congéneres latinoamericanos que de los socialismos europeos. Gómez Llórente, en su retiro académico, al final es condecorado por su antiguo amigo Javier Solana con la Cruz de Alfonso X el Sabio. Por encima de todo, en 1988 (un día después del aniversario de la muerte de Pablo

Iglesias) tiene lugar una huelga general, la primera realmente general y pacífica de la historia española. La lidera, además, la UGT, el sindicato socialista, para que la paradoja sea mayor. Lo significativo es que esa huelga se organiza contra el Gobierno del PSOE, no desde luego contra «el gran capital» ni nada parecido. Era el comienzo del fin. La pregunta remeda otra que se hacía en los años del franquismo: ¿Podrá subsistir un *felipismo* sin Felipe?

El *felipismo* es un hecho comprobable, una transformación de la esencia del PSOE por la influencia de la indudable personalidad de Felipe González y las otras circunstancias que acompañan a su reinado. El término fue lanzado por Gómez Llorente en la conferencia citada en junio de 1979, aunque circulara antes en pequeños cenáculos del Partido, inventada seguramente por Pablo Castellano. Por entonces la expresión adquiere resonancia a través de una serie de artículos que publica José Aumente. Era el momento crucial en el que González abandona el marxismo, pero se hace hábilmente con la dirección in-contestada del Partido. Gómez Llorente salva a Felipe González de toda culpa o responsabilidad en la constitución de ese nuevo «fenómeno», dice él. Consiste en «la exaltación sistemática de un hombre, el montaje de actos públicos orientados a la exaltación de su personalidad, los retratos, los gritos, las entradas calculadas». En consecuencia se confunde «la lealtad personal (a Felipe) con la lealtad al partido». Una de las consecuencias de ese endiosamiento es la creciente distancia con los otros dirigentes. Gómez Llórente explica: «La exaltación sistemática del superlíder que aparece como hombre-símbolo, destacado en solitario, produce la falsa imagen de que el Partido dispone de pocos hombres capacitados para desempeñar tareas importantes en la sociedad.» Insiste Gómez Llórente en «exonerar al compañero Felipe González de responsabilidad personal en el fenómeno». Puede que ésta sea una táctica para evitar la responsabilidad del propio autor, pero no deja de ser un contrasentido si se quiere criticar y corregir el felipismo. ¿Cabe mayor ingenuidad que creer que Felipe González es la pasiva e inocente víctima de ese culto a su personalidad? Esa insistencia de los críticos en eliminar la posible culpa de González es la mejor confirmación de su carácter caudillista, en el sentido formal del término.

Se puede hacer este ejercicio intelectual: ¿Realmente es socialista Felipe González? ¿Cabe el ejercicio especulativo de imaginar que puede ser expulsado del PSOE? Habría que examinar con cuidado cuáles han sido los principios mantenedores del PSOE y cuáles son los que dirigen la práctica política de su líder máximo. Un curioso artículo de los primitivos estatutos de la Agrupación Socialista Madrileña (a la que es de suponer que pertenece Felipe González) reza así: «Serán expulsados (de la Agrupación) los que sostengan públicamente ideas contrarias a los principios que constituyen la aspiración del Partido, siempre que no sea por error.» Esto se estampaba en 1903. Ha llovido desde entonces, pero bueno será conservar algunas tradiciones. En el hipotético juicio especulativo, a la defensa de Felipe González sólo le cabe un posible argumento: que sus ideas contrarias a los principios del PSOE lo son «por error». Hermosa ingenuidad la de Pablo Iglesias, seguro inspirador de aquella norma.

Felipe González, con su habitual tono pedagógico, sostiene que «la memoria suele ser flaca entre los ciudadanos españoles, entre todos los miembros y los militantes del

Partido Socialista» (discurso inaugural del 29º Congreso, 1981). La construcción de la frase es horrible, pero se colige lo que quiere decir. Que los españoles, socialistas o no, nos olvidamos del pasado colectivo. En otra ocasión González llegó a afirmar que «las hemerotecas no existen». Vaya si existen. Bueno será refrescar un poco ese pasado que se pretende olvidar para comprobar cómo se ha ido formando una aureola de ignorancia en torno a algunos dirigentes y episodios del longevo PSOE. Precisamente el felipismo se aprovecha de esa ignorancia. Está por escribir una crónica del PSOE en español y desde fuera del Partido (dos textos excepcionales de hispanistas: Heywood, 86 y Gillespie, 89). Si así se hiciera, se desharían algunos mitos promovidos por la literatura hagiográfica y apologética, que es la que priva en España. Por ejemplo, gran paradoja, en el lento discurrir del PSOE hay menos marxismo del que se supone. En el fundador, Pablo Iglesias, destacaban más las cuestiones organizativas que las teóricas. Al tiempo fue un ejemplo de honradez y de austeridad, que contrastaba con la atmósfera general de corrupción de sus contemporáneos. El lentísimo desarrollo del socialismo español se debe, en consecuencia, a la radical desconfianza de Iglesias y sus sucesores respecto de otras fuerzas políticas que no fueran las de la gran familia socialista. Este sectarismo ha continuado hasta hoy. Es posible que el PSOE actual tenga poco que ver con la tradición doctrinal del PSOE centenario, pero sin duda recoge y sintetiza esas otras características formales. Es más, Felipe González reproduce en sus actitudes, para mal y para bien, algunos de los rasgos del «abuelo» Pablo Iglesias. También el «nieto» goza de un parecido aura de santidad laica —el famoso carisma— e igualmente aflora en él un similar aprecio por el pragmatismo y la dedicación organizativa.

A diferencia de otros grandes fundadores del socialismo europeo, Pablo Iglesias no tuvo nada de teórico. Esa circunstancia va a marcar también a sus sucesores, de modo eminente a Felipe González. Es más, el Partido Socialista que impulsó Pablo Iglesias mostró siempre ciertas características que lo aproximaban más a una cofradía, a una hermandad iniciática de austeros varones tan preocupados por la moralidad de las costumbres como por la suerte del proletariado internacional. De ahí su resistencia, hasta hoy día, a coordinarse con otras fuerzas políticas en pactos y coaliciones. Durante medio siglo se resistieron a colaborar con los anarquistas, y durante el otro medio fueron reacios a hacer lo mismo con los comunistas.

Nótese que la fundación del Partido Socialista (1879) precede a la constitución en España de una suficiente trama industrial. De hecho, el PSOE es anterior a la fundación de la Sociedad Fabiana en Inglaterra (1883) y al Partido Socialista Italiano (1892). Otra paradoja: el socialismo histórico nunca arraigó del todo en Barcelona, la sede del primer capitalismo español. Esta prematura concepción fue la causa de que tardara tanto tiempo en desarrollarse un partido socialista sólido, con suficiente carga intelectual.

Hasta cierto punto la debilidad congénita del socialismo contribuyó a la enorme fuerza del anarquismo, al cual le faltó igualmente el peso de los intelectuales. Es cierto que algunos intelectuales de renombre, como Azaña, Unamuno, Ortega y tantos otros, mostraron iniciales simpatías por el anarquismo o el socialismo, pero se alejaron pronto de esos movimientos. Los escritores y profesores que quedaron adscritos

a las filas socialistas o anarquistas no pasaron en muchos casos de ser simples medianías. Lo son incluso Luis Araquistain o Fernando de los Ríos, por citar a los dos intelectuales más influyentes del socialismo de la preguerra, admirables como son por tantos conceptos.

Esa mediocridad de origen explica asimismo el tono adocenado, el estilo anodino de la hodierna corte intelectual del felipismo. Su expresión más cabal es el pretencioso, vacuo, aburrido y tecnocrático *Programa 2000* sobre el que volveremos en alguna ocasión. Este contexto debe ser entendido para comprender la radical ausencia de pensamiento, no ya teórico, sino de pensamiento sin más, en los textos de Felipe González, tan locuaces por otra parte, El famoso pragmatismo de Felipe González muchas veces no es más que eso, el pudoroso salto de cama que esconde la inicial desnudez teórica. Hay aquí una causación circular. La indigencia intelectual de Felipe González le hace rodearse de un círculo de mediocridades. La academia, la pléyade, es ahora la *bodeguiya*.

El notario Diez del Moral, profundo conocedor del movimiento obrero andaluz, retrata con gran penetración la serie de razones que explican la lenta cochura del socialismo de Pablo Iglesias:

«Su centralismo, su disciplina severa, su evolucionismo templado, enemigo de estridencias y algarabías, su fe en la acción política electoral, su tipo de iglesia cerrada con director vitalicio y rígidas doctrinas, casi esotéricas, cuya pureza mantenía celosamente su inflexible pontífice, su tácita enemistad con los intelectuales... todo contribuía al débil crecimiento de esta fuerza obrera» (Diez del Moral, 29:121).

Es extraordinario cómo, sesenta años después, esta descripción sirve para caracterizar punto por punto el partido de González. He aquí el nuevo «director vitalicio» de la vieja secta, siempre amenazando con retirarse a su casa si el Partido no se pliega a su verdad revelada.

Algunos hispanistas, con mayor distanciamiento, han visto bien la singularidad de la fundación socialista. Pablo Iglesias aparece como un «calvinista proletario», un «eminente Victoriano» más que como un marxista revolucionario. Fernando de los Ríos inaugura la línea del «socialismo humanista», al que le preocupa más la redención que la revolución (Carr, 80:54). La idea del primer socialismo como calvinismo a la española procede de Gerald Brenan: «Una cerrada y estrecha congregación, dispuesta a mantener la pureza de la doctrina, con una disciplina estricta, un entusiasmo austero y la incommovible fe en un destino superior» (Brenan, 50:218). Esa línea del socialismo humanista y vagamente cristiano se origina en la corriente regeneracionista, como veremos más adelante. Acaba, ya en nuestros días, en *Cuadernos para el Diálogo*, grupo que ha provisto de abundantes «cuadros» al felipismo. Como ya hemos señalado, la formación ideológica de González se asienta en ese vago humanismo cristiano más que en el marxismo. De ahí que no le costara mucho a González poner o quitar el marbete de marxismo de las esencias de su Partido, según las conveniencias del momento.

Uno de los episodios más oscuros y vergonzantes de la —por otra parte egregia—

historia del socialismo español fue el de la etapa de la Dictadura de Primo de Rivera. El hecho desaparece de las crónicas oficiales del Partido. Por ejemplo, un largo artículo conmemorativo de Elías Díaz, «Diez años de socialismo democrático» (1982), se refiere a la Dictadura de Primo de Rivera como uno de los obstáculos a «la vía pacífica y parlamentaria», lo que no pasa de ser una tautología. Sirve para desplazar lo fundamental, que se calla: el asentimiento e incluso la colaboración de algunas señeras figuras del socialismo —Largo Caballero de forma eminente— con la Dictadura. En su lugar, se dibuja esta extraña finta: «La idea principal del PSOE en esos momentos es la de afirmar y profundizar su socialismo democrático frente al comunismo soviético. Francisco Largo Caballero, el gran dirigente obrero, está por supuesto en todos estos años [de la Dictadura] en esa misma actitud.» Lo cierto es que entonces el comunismo soviético poco o nada preocupaba a los españoles.

La fuerza revolucionaria más temida era el anarquismo. Contra él se dirigen las maniobras represivas de Primo de Rivera, y por eso el dictador corteja a la otra fuerza sindical, la de los socialistas. Estos caen en la celada, les puede la vanidad y colaboran con el régimen, hasta el punto de que Largo Caballero recibe la alta distinción de sentarse en el Consejo de Estado. El hispanista Paul Preston sugiere que el retórico radicalismo de Largo Caballero durante la II República fue un mecanismo de defensa para lavar la culpa del colaboracionismo con el dictador (Preston, 78:4). La prueba es que Indalecio Prieto, que fuera más moderado en la II República, fue también más reticente a la hora de dar su tácita aprobación a la Dictadura de don Miguel. Digamos, para no escandalizarnos, que con excepción de algunos castellanistas (Unamuno, Santiago Alba), el grueso de la intelectualidad y de la clase política de los años veinte apenas opuso resistencia al golpe de Primo de Rivera. Quizá por ello no llamó tanto la atención entonces la colaboración de Largo Caballero.

No sólo se oculta este episodio del silencio de los socialistas en los inicios del golpe de Primo de Rivera, sino que la historia se reescribe al revés. Así, J. F. Tezanos (uno de los mentores del *Programa 2000*) considera uno de los «hitos históricos» de la crónica del PSOE su «oposición a la Dictadura de Primo de Rivera» (Tezanos, 85:21).

A pesar de la abismal distancia ideológica que separa al PSOE felipista del de Pablo Iglesias, Largo Caballero o Prieto, lo cierto es que se pueden rastrear ciertas constantes, que se suelen ocultar a veces cuando se redactan las crónicas del Partido. Así, desde los tiempos fundacionales de Pablo Iglesias, se observa que, frente a lo que exige la retórica, la enemiga de los socialistas está en los otros carriles de la izquierda. Ya el incisivo John Chamberlain, a principios de siglo, observaba que «los socialistas tienen una singular complacencia en poner de relieve los yerros y las equivocaciones de los republicanos» (Chamberlain, 12:44). Más tarde, la obsesión sería la de los comunistas, que empezaron como hermanos separados. En el felipismo, la preocupación es la crítica proveniente de la izquierda, incluida la misma UGT. El que la UGT se alie con el otro gran sindicato (de inspiración comunista), Comisiones Obreras, es algo que provoca las iras bíblicas de González y de sus fieles. En la reunión del Comité Federal del PSOE del 15 de enero de 1989, José María Benegas tildó despectivamente de «compañeros de viaje» a los líderes de Comisiones Obreras que se habían aliado con la UGT en la huelga general del mes anterior. Desde los tiempos del franquismo no

se había vuelto a oír esa invectiva. La misma acusación retórica se repite incluso por parte de Alfonso Guerra en el *New York Times*. No persigue otra cosa que exacerbar el viejo demonio anticomunista del PSOE, que ahora tanto puede halagar a la necesaria colaboración de los Estados Unidos.

El genio observador de ese gran hispanista que fue Gerald Brenan supo ver hace mucho tiempo algunas de las más profundas raíces del alma española, precisamente aquellas de las que se nutre el socialismo. El lector sabrá apreciar una cita tan larga, por enjundiosa, con objeto de entender el enigma de González, sus confusos orígenes y su exuberante éxito:

«Lo que el socialismo ofrece, lo que todo español desea, es seguridad. También está el costado ético del socialismo, la creencia de que a cada uno se le debe dar, no de acuerdo con sus méritos, sino en proporción a sus necesidades. Esa creencia se enraiza profundamente en el alma hispana. No ha pre- * valecido nunca en las democracias y es más bien parte y legado de la tradición católica española... No hay estirpe en Europa tan igualitaria como la española, tan irrespetuosa con las nociones de éxito o de propiedad. Si a lo largo de los dos próximos siglos le espera a España un futuro feliz y pacífico, se puede anticipar que lo será en la forma de un régimen socialista benévolo y paternalista, que conceda una amplia autonomía local y regional» (Brenan, 50:226).

Esto se escribía en los tenebrosos años cuarenta. Gran intuición la de ligar la tradición igualitarista de la «democracia frailuna» a la española con el inicio del futuro «régimen socialista benévolo y paternalista», incluido en lo que, andando el tiempo, se llamaría Estado de las Autonomías.

El experimento socialista de González tiene menos que ver con la sustancia de la lenta historia del PSOE, por más que el actual líder persista en apoyarse en esa honrosa tradición. Para empezar, el PSOE histórico vivió casi siempre en los márgenes de la política, y ahora es el centro de ella. El historiador Ramos Oliveira recuerda que en la II República los socialistas llegaron a tener ministros, y bien destacados, pero no dispusieron de gobiernos civiles (52, 111:17). El verdadero «cambio» de estos últimos años ha sido éste, que en la actual democracia los socialistas sí tienen gobernadores civiles y toda la «pedrea» de los cargos menores que permiten la ansiada transformación de la sociedad. Es decir, antes se podía hablar de *personalidades* socialistas y ahora es posible una verdadera *organización* socialista. La paradoja está en que ahora es cuando destacan más las personalidades, la camarilla de amigos del Presidente, con un fortísimo culto a esa figura singular del generalísimo civil de La Moncloa.

Esa es la esencia y el contraste del felipismo. Se ha llegado a hablar, incluso, de un «neofranquismo felipista» y de «un PRI [mejicano] a la española» con este severo juicio: «El hecho de que el poder proceda de las urnas no garantiza que su ejercicio sea democrático» (Aumente, 86).

Las descalificaciones, cuando se habla del actual PSOE, no son sólo una impresión que viene de los críticos de fuera. Un intelectual del Partido tan prominente como

Ignacio Sotelo sentencia que el PSOE no es ni siquiera un partido socialdemócrata, sino «un partido liberal progresista con una voluntad social» {*Diario 16*, 4 de diciembre 1988). La etiqueta bien podría aplicarse a los partidos de la derecha o del centro. ¿Quién no pretende tener «voluntad social»? En el fondo, el éxito electoral del PSOE —o si se quiere, de Felipe González— ha estado precisamente en su capacidad para entonar con vagas preocupaciones «sociales», que son las que tenían en su día muchas de las personas que apoyaban, por lo menos pasivamente, a Franco. Se hablaba antaño *de franquismo sociológico*, y es posible que sus bases en parte vengan a coincidir con las del *felipismo sociológico*.

El «Objetivo Básico» del Socialismo español (así, con ese despliegue de mayúsculas) se ha formulado de esta autorizada manera: «La permanente profundización de la democracia (política, económica, social) para una mayor libertad humana (tanto en su vertiente existencial como en lo que se refiere al dominio de la naturaleza) con un mayor bienestar general» (Dorado, 87:137). Aunque el autor consigne que tal formulación «es evaluable permanentemente y no una desiderata (*sic*) imponderable», no nos dejemos arrastrar por el torbellino retórico, tan divertido por otra parte. Si aquel es el objetivo básico del socialismo, estamos ante una meta que puede ser muy bien compartida por cualquier partido del centro y aun de la derecha.

En una prolija entrevista concedida al director de *El País*, Joaquín Estefanía, Felipe González se niega a contestar a dos preguntas «en aras de centrar el debate». Resulta significativa esa resistencia. Las dos preguntas se referían al término «felipismo» (que el Presidente no quiere ni oír) y a la conducta de los llamados «socialistas de mercado», los militantes encumbrados que se colocan en las grandes empresas con sueldos mensuales millonarios (*El País*, 4 de diciembre 1988). Uno y otro concepto se encuentran relacionados. El felipismo es precisamente la versión real del socialismo en el poder, dispensador de influencias. Viene a ser la imagen especular, pero con espejos distorsionantes, del «estilo ético», del «proyecto socialista» que un día encandiló a millones de españoles. Véase cómo, en las puertas mismas de su acceso al recinto del poder, Felipe González reafirma su estilo ético: «Habría que introducir la selección de cargos públicos de responsabilidad por razones fundamentalmente de eficacia, de conocimiento, de capacidad, como factor número uno. El factor de las fidelidades, desde el punto de vista político, es un factor secundario» (Márquez Reviriego, 82:138). Es evidente que la realidad ha sido después lo contrario de ese hermoso principio. Es la fidelidad personal al caudillo lo que potencia la probabilidad de llegar a compartir el poder con él.

El mismo Felipe González, ante los disciplinados alumnos de la Escuela de Verano del PSOE (a quienes trata de usted), realiza una autocrítica y se queja de la «oligarquización» del Partido. «Me da mucho miedo la reivindicación del oficialismo dentro del Partido, y no digamos nada cuando se habla del *felipismo*» (*Diario 16*, 4 de octubre 1986). Tiene razón, es para temer ese crecimiento de una idea que puede devorar a su mismo creador. El espectro de Pablo Iglesias se revuelve contra sus nietos.

CAPITULO XII

OMAR TORRIJOS: EL GRAN MENTOR

«Había llegado el General a Coclecito, aquella mañana sudorosa, en la que hasta los lagartos transpiraban. Desde el porche de la casa donde recibió a los visitantes, la alfombra de palmeras y floresta se extendía al horizonte, pegada a las lomas y repechos. Tumbado en la hamaca, el General miró a los extranjeros entre tímido y amistoso. "Caminemos hacia el río", dijo. Encendió un habano, se caló el sombrero adornado con el laurel del generalato, ajustó la pistola al cinto y salió hacia el sendero. Casi una hora después llegarían al lugar donde el tímido caminito se ensanchaba en una herida ancha y rojiza, merced a las cadenas despiadadas de tractores y caterpillars.

A un lado, el disco de la pequeña serrería levantaba aullidos a troncos nervudos, cortados en rebanadas alargadas y, abajo, el río, turbio y perezoso, se deslizaba al lado de la trocha por donde venía el General, mientras un indio lo surcaba lentamente a bordo de un cayuco cargado de banano. Pasó el General junto a la escuela, de donde salió un riachuelo de chiquillos, gritones y morenos, de negros ojos de insecto, que miraban con asombro al General y sus invitados. Cruzaron todos el maizal, se detuvieron un instante en una chocita de palo y cañabrava, y el General, tras desnudarse, se metió en el río, seguido de sus acompañantes y del enjambre de niños. Después del baño comieron en la escuela: tibias y humeantes visceras vegetales de color blanco, que llamaban yuca, y cerdo frito. Poco después, ya de regreso, los visitantes se enterarían de que en aquel río, de vez en cuando, aparecían caimanes...»

El texto anterior no es un improbable fragmento de un relato del realismo mágico latinoamericano. Es la narración puntual que escribe José Luis Gutiérrez (*Cambio 16*, 27 de agosto 1978) de una excursión suya, en agosto de 1978, por la selva panameña en la provincia de Coclé, al norte del país, acompañando al General, que no era otro que el general Ornar Torrijos, amigo personal de Felipe González, quien ejerció, como veremos, una poderosísima influencia sobre el líder socialista español.

A la hora de hablar de las influencias recibidas son diversas las fuentes de las que bebe González. Muchos han lamentado que su estancia en Lovaina (Bélgica), de 1965 a 1966, disfrutando de la citada beca del episcopado alemán, no produjera efectos más perdurables en el entonces joven Felipe. El ejemplo del ya histórico Paul Henry Spaak y otros pausados y sesudos socialistas belgas, sus futuros compañeros con el correr de los años, tampoco tuvo una mayor repercusión sobre él.

Sí la tuvo Olof Palme, de quien González aprende muchos de sus recursos retóricos de «comunicador», el hablar sencillo de los primeros momentos, el estilo tan distante a los parlamentos tecnocráticos de los políticos al uso.

Para comprender la reservada personalidad de González se podría pensar que bastaría situarlo en su tiempo y espacio reales. No es así en una tierra tan propicia al surrealismo. Por lo mismo que Valle-Inclán no se puede entender sin su aventura mejicana, al igual que tantos españoles de todos los tiempos que «hicieron las

Américas», también nuestro biografiado ha sentido la necesidad de «atravesar el charco», como se conoce familiarmente en España al Atlántico. No estamos ante un gobernante al estilo europeo. González se asienta en una tradición caudillesca y las raíces de ésta se hunden en la fraga hispanoamericana. González se siente —o se sentía— especialmente cómodo disfrutando de su ascendiente sobre los dirigentes latinoamericanos. Alan García, el mandatario peruano, podría ser su discípulo, pero Ornar Torrijos fue su mentor y maestro. Esta influencia no es conocida y aquí la vamos a revelar.

El joven González le escribía a su novia de entonces, Concha Romero, las entristecidas cartas ya reproducidas en parte, llenas de morriña y de una preocupación social vagamente cristiana: «Nena, qué decepción de Europa, qué inmensa soledad la de los inmigrantes. Están desamparados, oprimidos, explotados y, para colmo, odiados como seres inferiores, como raza maldita...» (Chamorro, 80:61). Trece años más tarde, Felipe González no parecía preocuparse tanto por los hambrientos niños indígenas de Coclecito que mendigaban las sobras de yuca y cerdo frito a los invitados del General, como de los «metecos» de la lluviosa Bruselas. Aparentemente, tampoco le desasosegaban las abismales diferencias que separaban a la Bélgica del bienestar, europea y civilizada, de un país sub-desarrollado y tercermundista. Acaso su lejana y soleada Andalucía estaba mucho más cerca de las playas tropicales de Panamá, de la sensualidad radiante y las ganas de vivir de sus gentes, que de las tristes siluetas de los puntiagudos campanarios góticos de Brabante, empapados por la incesante lluvia que caía de sus grises y plomizos cielos.

Esta influencia fue muy intensa, aunque se mantuvo durante pocos años, hasta el fallecimiento de Torrijos, el 31 de julio de 1981, al caer su avioneta con seis personas a bordo, en una zona selvática del centro del país. Según numerosos testimonios, entre ellos el de uno de los vicepresidentes de la Internacional Socialista, el dominicano Francisco Peña Gómez, el accidente que acabó con su vida fue, en realidad, un atentado (*Diario 16*, 5 de agosto 1981).

El texto recogido al principio del capítulo era una descripción exacta —caimanes incluidos— del episodio, montado ex profeso por Torrijos para los cuatro boquiabiertos periodistas españoles que observaban sus brazadas en un claro del río, mientras un soldado en uniforme, con el agua hasta la cintura, vigilaba atentamente con la metralleta montada la posible aparición de los saurios.

El general Torrijos repetiría en otras ocasiones el mismo lance de los improbables y —según algún miembro de la oposición panameña de entonces— inofensivos caimanes. Siempre, en cualquier caso, ante sorprendidas audiencias de informadores. No hacía el General otra cosa que distribuir una imagen selvática, aventurera y cinematográfica de sí mismo, utilizando un estereotipo ciertamente exitoso, adelantándose muchos años a la intuición de los responsables publicitarios de la multinacional R. J. Reynolds, que lo usarían para promocionar uno de sus productos, los cigarrillos Camel. Y aderezándola, además, con el componente político que encerraba aquella fotografía mítica, que dio la vuelta al mundo, de Mao Ze Dong nadando en las aguas del Yang-Tse. Un año antes, Torrijos había recorrido los mismos escenarios con otro periodista de *Cambio 16*, Antonio Caballero. En aquella ocasión el General

también se lanzó al agua, pero esta vez completamente vestido.

Este tipo de operativos propagandístico-teatrales serían muy bien imitados por los socialistas del Gobierno de Felipe González. Recuérdese, por ejemplo, el referéndum de la OTAN. Una manifestación del «No», congregó en Madrid a cerca de un millón de personas. Televisión Española, a la sazón dirigida por el controvertido José María Calviño, apenas le prestó atención informativa. Se dedicó, en cambio, a dar cumplida y detalladísima crónica de un simulacro escenificado por el Gobierno, con figurantes (un grupo de jubilados, recogidos en autocar y trasladados a un cine), mientras los protagonistas, los ministros Maravall, Ordóñez y Solana, representaban el conocido guión «en interés de España».

Fue Ornar Torrijos, uno de los hombres que más influencia ejerció sobre Felipe González, en unos años en los que el joven dirigente español —se conocieron en 1977, cuando Felipe tenía 35 años y permanecerían en contacto frecuente hasta la muerte de Torrijos en 1981— absorbía como un secante conocimientos, experiencias o simples consejos, dada su escasa trayectoria política. Y Ornar proporcionaba muchos. Sintonizaron perfectamente desde el primer momento, entablándose una estrecha relación de amistad personal entre ambos. Apenas después de haber hablado unas pocas ocasiones con Torrijos, Felipe González comentaría con José Luis Gutiérrez la vieja amistad que unía al General con un periodista español, Zoilo Martínez de la Vega, con el que llegó a mantener una relación muy estrecha iniciada durante los años en que el periodista fue delegado de la agencia ACAN-EFE para Gentroamérica, con residencia en Panamá: «Ornar es más amigo mío que de Zoilo...» Más allá del contenido «naíf» del comentario, del espíritu infantilmente competitivo de sus palabras, estaba el perfecto entendimiento logrado entre dos personalidades muy similares como eran las de Felipe González y el general panameño.

Las largas horas de conversaciones confidenciales, distendidas y cómplices, que Gutiérrez mantuvo con el General en la media docena de veces en las que se encontraron, le dieron ocasión para conocer al literario personaje a fondo.

El hombre fuerte de Panamá era, en realidad, un genial embaucador político, sin apenas formación cultural, sin conocimientos de ciencia política («ni falta que me hacen», solía decir), pero de rara inteligencia, gran pragmatismo —aquí está el voquible—, desbordante imaginación, increíble energía vital y física y una excepcional intuición para conocer las flaquezas del adversario y percibir la importancia de la Prensa y el cultivo de la propia imagen en la acción política. Hasta el extremo de realizar montajes como el ya descrito de los caimanes de Coclé. Sus chistes, sus comentarios más o menos afortunados, sus hallazgos más ingeniosos, Torrijos los repetía constantemente sin el menor complejo y aparecían periódicamente en los textos de los escritores o periodistas que le visitaban, en la misma medida que ahora se reflejan los de González y Guerra. Felipe González, su fama de «comunicador», su subordinación a la imagen como cuasi-supremo valor político, su pragmatismo, son en gran parte una consecuencia del aprendizaje del oficio en el que Ornar profesaba de inimitable maestro. También Guerra participaba de la misma veneración. «Fascinaba hiciera lo que hiciera» (entrevista con Nativel Preciado, *Tiempo*, 17 de marzo 1986).

Ornar Torrijos era alto, fuerte y robusto —aunque con ligera tendencia a la

obesidad— mestizo, con las córneas de los ojos incendiadas, permanentemente inyectadas en sangre. El general panameño era un dictador militar, pero sin mucho parecido con los tradicionales espadones centro y sudamericanos. «Yo soy un dictador con corazón», solía definirse a sí mismo, con sonriente socarronería. El 11 de octubre de 1968 dio un golpe de Estado para derrocar al presidente Arnulfo Arias, legendario dirigente panameño, que había sufrido ya otros dos derrocamientos previos, también a manos de la Guardia Nacional, en 1948 y 1951. Ornar acostumbraba a bromear con ello: «El golpe lo dimos el 11, como todos los golpes, porque el 10 es el día de paga de la Guardia, y si fracasa, por lo menos la nevera queda llena.»

En 1978 Arnulfo Arias regresó del exilio y le dedicó a Torrijos, ya en Panamá, esta descripción: «Es un droga-dicto, un ladrón y un mujeriego.» Lo de ladrón no consta, a no ser que se acepte la definición del Movimiento de Abogados Independientes que le consideraba como «un refinado desvalijador de las arcas públicas» (*Cambio 16*, 27 de agosto 1978). En alguna ocasión, y en presencia de periodistas, Torrijos había abierto un arcón que tenía en su casa lleno de fajos de billetes de dólares para entregarle determinada cantidad a algún visitante que reclamaba fondos gubernamentales para cualquier incidencia. Torrijos era, probablemente, el urrico jefe de gobierno del mundo que usaba sus casas particulares para desarrollar su labor política, pues carecía de oficina o despacho oficial.

Su supuesta condición de «drogadicto», era comidilla frecuente en amplios círculos panameños, que se hacían lenguas de su rumoreada afición a la cocaína. Uno de los «vídeos» de la ceremonia de la firma de los tratados del Canal con el entonces presidente de EE.UU. Jimmy Cárter, recoge una fugaz secuencia en la que, según portavoces de la oposición panameña, el General, al pasar un vertiginoso pañuelo por la nariz, en realidad «esnifaba» una dosis de cocaína. En cambio, de su perfil de mujeriego —algo que en Panamá está despojado de connotaciones peyorativas— hay testimonios de diversos testigos que, en muchas ocasiones, comprobaron con sus propios ojos las caricias del General a alguna de las numerosas jóvenes que siempre le rodeaban. La Constitución que elaboró Torrijos tras el golpe le reconocía en uno de sus artículos como «líder máximo de la revolución panameña», al tiempo que le otorgaba poderes omnímodos, desde el nombramiento de magistrados del Tribunal Supremo, nombrar y cesar al Gobierno, a la Comisión Legislativa —que elaboraba las leyes— y la dirección de la administración pública. En 1978 dejó todos los cargos y tan sólo permaneció como Jefe de la Guardia Nacional —cuyo jefe del G-2, el servicio de inteligencia, no era otro que el entonces coronel Noriega, después su controvertido sucesor y «hombre fuerte» del país, ya con el rango de general— aunque siguió detentando el poder, tras nombrar un presidente meramente ornamental, el joven Arístides Royo, antiguo comunista, educado universitariamente en España y casado con una asturiana. Royo, tras cesar como presidente, fue nombrado por Torrijos embajador en Madrid. Resulta sorprendente comprobar las numerosas coincidencias entre aquel personaje extraordinario y genial que era el general panameño y Felipe González, muchas de ellas de una semejanza que en algunos casos se acercan al plagio. Fue la suya una influencia política —no rastreada, hasta ahora, por los biógrafos de González— no sólo en cuanto a las ideas se refiere. También a los proce-

dimientos y estrategias para llevarlas a la práctica o en las tácticas de ataque y defensa ante el adversario, La forma de hacer política de González ha sido calificada en numerosas ocasiones como «bananera» —entre otros, por el presidente de la CEOE, José María Cuevas— por su comportamiento cercano a los estereotipos literarios del *Señor Presidente* del premio Nobel Miguel Ángel Asturias o del personaje central de *El otoño del patriarca* de Gabriel García Márquez, también galardonado por la institución sueca con el Nobel de Literatura. González gusta de explicar obviedades con su conocida entonación pedagógica que, en ocasiones, provoca el disgusto de sus auditorios educados. En enero de 1989, en una de las famosas reuniones en La Moncloa con los dirigentes sindicales Redondo y Gutiérrez, el líder de Comisiones Obreras, en cierto momento de las negociaciones, señaló refiriéndose a una intervención de González: «Yo agradezco todo tipo de explicaciones, pero algunas son tan elementales que dices: bueno, pues es casi un insulto, ¿no?» El dirigente de CC.OO reaccionaba ante esa manía de González de descubrir mediterráneos, algo similar al episodio que protagoniza uno de los Buendía de *Cien años de soledad* de García Márquez, quien, tras largas cavilaciones y estudios, exclama entusiasmado: «¡La tierra es redonda como una naranja!» La influencia de Torrijos tuvo mucho que ver con todo ello. El famoso pragmatismo de Felipe González no es más acentuado de lo que era el del dirigente panameño. «La política hay que medirla por sus resultados», es una vieja frase de Torrijos muy utilizada por Felipe González {*Diario 16*, 3 de marzo 1985}.

Felipe usa, en ocasiones, anécdotas del General para reafirmarse en la subordinación de sus acciones políticas a la cuenta de resultados de la empresa de gobierno y hasta sus mismas definiciones. Como aquella, eje de la política económica del gobierno socialista: para repartir riqueza, primero hay que crearla, pronunciada por Torrijos en diversos momentos, uno de ellos, en agosto de 1978 {*Cambio 16*, 27 de agosto 1978) y repetida por González en infinidad de ocasiones, por ejemplo en su viaje a Uruguay, en marzo de 1985, en una rueda de Prensa. O esta otra, relatada por el propio González: «¿Usted sueña con entrar en la Historia?», le preguntaron en una ocasión al General. «No, yo sueño con entrar en el Canal.» La gran obsesión de Torrijos y su gran éxito internacional fue, como se sabe, lograr la firma de los tratados del Canal con Jimmy Carter, en octubre de 1977, por los que EE.UU. se comprometía, a cambio de seguridades estratégicas y de libre tránsito, a devolver, a finales de siglo, el histórico paso marítimo de Panamá. Torrijos siempre relataba su conversación con uno de sus colaboradores, un joven economista, marxista, que le reconocía el deficiente funcionamiento de una de las comunidades campesinas del interior, la de Coclecito precisamente. «¿Cambiamos el pueblo, entonces, muchacho?» diría el General. «No mi General, cambiemos la teoría.» «Veo que vas aprendiendo...» El escritor Vargas Llosa rompe una lanza por esta característica común a Torrijos y González, la del sentido práctico y el pragmatismo. «Esto, para mí, es una buena carta de presentación de un político: los prácticos suelen causar menos estropicios en los países que los teóricos. Y si de algo daba Torrijos la impresión era de estar libre de cualquier esquematismo doctrinario, de tener una visión de la realidad social condicionada por orejeras ideológicas de cualquier índole.» {*El País Semanal*, 13 de septiembre 1981.) No hace falta recordar el itinerario de revisionismos ideológicos o de simple

«desideologización» al que el PSOE se ha visto sometido a instancias de Felipe González, para advertir las coincidencias con esta descripción política que Vargas Llosa hace de Torrijos. En ambos se daba una nueva semejanza. La superficial formación política e ideológica de González tenía un equivalente en Torrijos, personaje prácticamente iletrado. Si la formación de ambos hubiera sido más densa, si el itinerario militante de González hubiera sido más intenso y dilatado de lo que fue, acaso ninguno de ellos hubiera podido desembarazarse con tanto desparpajo y soltura intelectuales de todas las «orejas ideológicas», los «esquematismos doctrinarios» de los que habla Vargas Llosa. Hasta con sus hábitos personales, incluso con el *atrezzo* —por seguir con las metáforas teatrales— influyó Torrijos en el novicio Felipe. Este y sus primitivos trajes de pana tienen mucho que ver con los consejos de Torrijos, cuando utilizaba aquella demagogia descamisada de los atuendos «del pueblo». El entonces presidente de Colombia, López Michelsen, que acostumbraba a encargar sus trajes a un sastre londinense, definió a Torrijos como «folklórico» por su afición a ir con guayabera, sin corbata ni chaqueta. «Es que yo no soy inglés, qué cono, soy un gobernante panameño.» Si Torrijos hacía un uso «nacionalista» —otras de las ideas de los centuriones como Torrijos: recuérdese aquella definición de los socialistas españoles en el *New York Times*, «*young nationalists*», (jóvenes nacionalistas)— de su forma de vestir, deportivo-militar y desenfadada, Felipe utilizó la pana para trasladar a la opinión pública española un mensaje subliminal parecido.

Torrijos le aportó a González el dicho tropical que se ha convertido en toda una norma de vida para el dirigente socialista español, tan amigo de los aforismos: «Al que se aflige, lo aflojan, y al que se afloja, lo afligen.» La pugna de González con los sindicatos, en la que ni siquiera una huelga general histórica como la del 14-D le hizo ceder ante las demandas de las centrales, puede tener una cabal interpretación a la luz de este principio.

El general Torrijos, cuando se retiró de todos sus cargos en 1978, a excepción del mando supremo de la Guardia Nacional que conservó para sí y que le otorgaba todo el poder para seguir siendo el auténtico «hombre fuerte» de Panamá, confesaba a José Luis Gutiérrez en 1978: «Yo lo único que quiero es tener mi avión, mi helicóptero y mi casa.» Su avión, un aparato canadiense con el que acabaría estrellándose, era uno de los tres que Torrijos utilizaba para desplazarse en el interior del país. Los otros, dos helicópteros regalo de Nelson Rockefeller. Con ellos volaba de una a otra de sus tres casas: un chalet en la Avenida 50 de la ciudad de Panamá; una gran casa al borde del mar Pacífico, en Farallón, a apenas media hora de helicóptero desde la capital, y la ya mencionada de Coclecito, en un asentamiento indígena en medio de la selva. A este remoto refugio trasladó Torrijos a numerosos invitados que tenían que ver con los medios de comunicación: diversos periodistas o escritores como Vargas Llosa o el anciano Graham Greene, que escribiría una enamorada semblanza sobre Torrijos, *Getting to know the general* (Para conocer al General).

Felipe González se hospedaba en cualquiera de las casas de Torrijos cuando iba a Panamá. En el porche de la residencia de Farallón, al borde del mar, vigilada por las sombras amenazadoras de los «machos cabríos», una unidad de élite de la Guardia Nacional, contemplando a la luz de las estrellas las aletas de los tiburones que surca-

ban las aguas, el General, acompañado de alguno de sus colaboradores políticos o ministros, reclinado en una hermosa hamaca nicaragüense con su nombre bordado sobre los colores azul, blanco y rojo de la bandera panameña, departía durante horas con Felipe y el resto de los invitados, mientras bebía ininterrumpidamente copas de un vino excepcional: un Château Laffite, de las bodegas del barón de Rothschild. En ocasiones, el General y sus invitados consumían durante una larga madrugada una caja de botellas del preciado *bordeaux*. La calidad del caldo garantizaba la ausencia de resacas a la mañana siguiente, en las que el General acostumbraba a madrugar. También compartía con Felipe los célebres cigarros habanos Cohiba —marca que coincide con el nombre de una isla panameña— que recibía de Fidel Castro, con unas bellas vitolas doradas, con la bandera panameña y la inscripción «general Ornar Torrijos». La famosa «Bodeguilla» instalada en el palacio de La Moncloa funciona —salvando las distancias—, a la hora de convocar y seleccionar a los invitados, con un espíritu similar al que reinaba en las tertulias del porche de la casa de Torrijos en Farallón.

También al igual que el General, el uso de helicópteros y aviones —los famosos *Mystère*— por parte de Felipe González es constante y no sólo para los actos oficiales.

Entre otros destinos, los Puma de La Moncloa trasladan a Felipe González a su «Coclecito andaluz», el parque de Doñana. Tras uno de sus viajes a Doñana, González hizo uno de sus famosos comentarios, asegurando que «comprendía» las dificultades de transporte de «los ciudadanos» en los días de ida y regreso de las vacaciones.

Javier Pradera, que fuera editorialista del diario *El País* (hasta que dejó de serlo al firmar junto a un grupo de intelectuales un documento de apoyo a la OTAN en el referéndum y presentó su dimisión al director del diario madrileño) acostumbra a defender a Felipe González, al que le une una amistad personal, esgrimando una tesis emanada del propio líder socialista, que la utiliza frecuentemente: La permanencia en el poder te convierte en una persona de información y experiencia privilegiadas. Aparte de lo peligroso que resulte utilizar un argumento que podría también servir para legitimar cualquier régimen unipersonal o absolutista —¿quién mejor entonces que Stroessner o el propio Franco, con décadas de permanencia en el poder?— el planteamiento también pertenece al acervo político que el General inculcó a nuestro hombre. «En el poder se aprende. Yo en ocho años he vivido doscientos...», aseguraba Torrijos en 1977 tras firmar el Tratado del Canal. (*Cambio 16*, 9 de octubre 1977). O esa maldad que tan frecuentemente se escucha de labios del dirigente socialista español: «Me preocupa no contar con una oposición seria. La oposición española es un desastre.» González mata dos pájaros de un tiro: ofrece una imagen de «responsabilidad como hombre de Estado» y denosta y descalifica a sus adversarios políticos. Y, de paso, da por supuesta la voluntad soberana de los españoles, que son los que, con su voto, han de decidir quiénes asumen las responsabilidades de Gobierno. Oigamos lo que decía Torrijos en 1978 de su rival histórico Arnulfo Arias: «Creo que está fuera de contexto y a mí me preocupa un poco porque desearía que existiera una fuerza de oposición más seria, más responsable.» Coinciden, como vemos, hasta en la utilización de las mismas palabras y marrullerías. Las grandes concepciones del Estado torrijista son, asimismo, detectables en Felipe González. Vargas Llosa-, cuando visitó al General en 1981, poco

antes de su muerte, descubrió los perfiles excepcionales del personaje, pero también su interpretación autoritaria y caudillista del poder, su condición de hombre providencialista que se sabe destinado a cumplir una misión histórica.

«A los pocos segundos de estar con él—escribe el autor de *La ciudad y los perros*—comprendí que, pese a su inmensa vitalidad y a su desbordante simpatía, no era el tipo de personalidad que aprecio más entre los políticos. No era, en todo caso, el género de líder que me gustaría para mi país. No había duda: pertenecía al tipo de conductor carismático, hombre providencial, caudillo epónimo, fuerza de la naturaleza, héroe ciclónico que está por encima de todo y de todos —hombres, leyes, instituciones— y que, dado el caso, se lleva lo que se le pone por delante para cumplir lo que considera su misión histórica.»

Del sentido mesiánico de Felipe González, de su perfil providencialista se habla en otros capítulos de este libro, pero las palabras de Vargas Llosa referidas al General no dejan de resultarnos cercanas y familiares si hacemos el ejercicio de sustituir el nombre de Torrijos por el de González. El líder socialista recuerda las palabras de Torrijos para desacreditar a «los políticos de cortos vuelos», pendientes de «las próximas elecciones», frente a los estadistas, que trabajan «para las próximas generaciones». (Márquez Reviriego, 82:109). Es ésa una de las características de los políticos democráticos, su condición de gobernantes perecederos y hasta efímeros, que intentan resolver los problemas cercanos y cotidianos de la gente. De ahí al «Necesito veinte años para hacer el cambio» de González no hay más que un paso. Hasta el hallazgo del nombre de «Felipe», a secas —asunto del que se habla en otro lugar de este libro—, es un trasunto hispano de «Ornar», nombre con el que se conocía en Panamá a Tbrrijos, junto con el de «el General».

Las relaciones de Torrijos con los comunistas panameños se parecen como gotas de agua al diseño estratégico de González respecto al Partido Comunista de España. El socialista español desearía un Partido Comunista satelizado y domesticado, que le sirviera de recipiente en el que se recogiera el voto de los más desfavorecidos y también como vivero de altos cargos, dada la tradicional buena preparación técnica y política y la disciplina de los dirigentes del PCE. Al tiempo, las demandas de ese Partido Comunista domesticado se canalizarían mediante acuerdos ocultos con un PSOE hegemónico. En los períodos electorales se escenificaría un supuesto enfrentamiento que en la realidad no sería tal.

Tbrrijos había adoptado muchos años antes con respecto a los comunistas una estrategia similar. Varios de sus ministros habían sido miembros del Partido, como Arístides Royo, que llegó a ser Presidente de la República, y el Partido del Pueblo —comunista, prosoviético y bresneviano— disponía de generosa financiación otorgada por el Gobierno panameño de Torrijos. Oigamos lo que decía entonces su Secretario General, Rubén Darío Sousa:

«No vamos ahora a caer en la situación anterior a 1968. Durante setenta y tres años en el poder, en la Asamblea panameña no hubo nunca un obrero ni un campesino. Todos

los escaños políticos eran para la oligarquía, para los dueños de las tierras y de las fábricas, cuando perseguían y encarcelaban a nuestros dirigentes. Panamá es un país rodeado de gobiernos reaccionarios, algunos de ellos con libertades formales, con máscara democrática que es lo que piden ahora los arnulvistas. Sin embargo, ahora, con Torrijos, es cuando por primera vez en la historia de Panamá el pueblo ha tenido oportunidad de expresarse políticamente» (*Cambio 16*, 27 de agosto 1978).

Eran unas elecciones para la Asamblea, con representantes procedentes de los corregimientos o ayuntamientos, muy similares a las elecciones para el tercio familiar de las Cortes franquistas, aunque en Panamá hubiera otros partidos en liza. La Asamblea, que se reunía una vez al año, tenía como única misión importante la de elegir al Presidente y Vicepresidente de la República, cargos irrelevantes y meramente ornamentales para un régimen en el que el poder absoluto lo detentaba el Jefe de la Guardia Nacional, el general Ornar Torrijos.

Torrijos era también un maestro en el uso de la llamada «diplomacia secreta», que tenía antecedentes recientes tan sonados como el que protagonizó el presidente de los EE.UU. Richard Nixon con su histórica visita a la China de Mao Ze Dong, en febrero de 1972. Esta visita significó el comienzo de una era de excelentes relaciones políticas, diplomáticas y comerciales entre ambos países.

Torrijos tenía varios asesores, sin cargo alguno en el Gobierno, a los que enviaba en misiones secretas a conspirar en favor de los sandinistas, entonces enzarzados en la lucha guerrillera contra Somoza. En una ocasión, uno de estos enviados de Torrijos viajó en la avioneta del General a Costa Rica, en un vuelo nocturno y secreto, para traer a Panamá a dos personajes muy especiales, con una exclusiva finalidad: que se entrevistaran con dos periodistas españoles, Francisco Basterra del diario *El País* y José Luis Gutiérrez de *Cambio 16*. La entrevista se celebró en una habitación del hotel Panamá, tras apagar las luces de la estancia y correr las cortinas y con una enorme pistola sobre la mesa. Los viajeros no eran otros que los entonces dirigentes de la guerrilla sandinista Edén Pastora y Humberto Ortega. Pastora, el legendario «Comandante Cero» había sido el jefe de una audaz operación guerrillera: la toma por las armas del Parlamento nicaragüense con los parlamentarios en su interior convertidos en rehenes, operativo que sirvió de inspiración al teniente coronel Tejero para ocupar el Parlamento español el 23 de febrero de 1981. Humberto Ortega, hermano del presidente de Nicaragua, Daniel Ortega, es hoy el responsable de las Fuerzas Armadas de su país.

También Felipe *González* ha utilizado en diversas ocasiones la «diplomacia secreta» de Torrijos. El que fuera su «secretario para todo» Julio Feo hizo viajes internacionales de este tipo con misiones muy específicas relacionadas con la lucha antiterrorista. Lo de «secretario para todo» no es un capricho de los autores. Feo, al ser nombrado, le preguntó al Presidente: ¿cuál va a ser mi trabajo? La respuesta de González fue igual de escueta y clara: «Hacerme la vida fácil.» Desde los viajes secretos citados, a filtrar las llamadas de ministros o compañeros del Partido, hasta espantar informadores o forcejear con los fotógrafos de Prensa en los viajes presidenciales, Julio Feo hizo de todo, tras haber adquirido una valiosa experiencia en un cargo similar, pero más

humilde, en la Presidencia del

Gobierno autónomo murciano, al frente del cual estaba un peculiar personaje, Andrés Hernández Ros, que hubo de dimitir por el intento de soborno a dos periodistas murcianos.

El caso más espectacular de «diplomacia secreta» fue el envío del empresario Enrique Sarasola, amigo personal de González, a entrevistarse en secreto con el Papa, del que se da cuenta más detallada en otro lugar de este libro.

La utilización de los medios de comunicación por Torrijos, sus campañas de imagen y propaganda, era uno de los aspectos de la personalidad política de Torrijos que más admiración suscitaban en Felipe González. Y, sobre todo, su abrumadora y arrolladora personalidad, que, unida a las destrezas antes señaladas, había logrado que un país minúsculo como Panamá, con apenas dos millones de habitantes y una extensión territorial siete veces menor que la de España, estuviera presente con gran frecuencia en los medios de comunicación de todo el mundo. Y no porque en la ciudad de Panamá, en un reducido grupo de calles, más de cien bancos de todo el mundo se apiñen en lo que se consideraba un paraíso del capitalismo internacional, en contraste con la imagen «socialista» e «izquierdista» de Torrijos.

En cierta ocasión, José Luis Gutiérrez interrogó al General acerca de una curiosa noticia aparecida por aquellos días de 1979 en la prensa: ¿A qué se debía esa extraña invitación a Patty Hearst para que pasara su luna de miel en las playas panameñas tras contraer matrimonio con su guardaespaldas? «Chico, porque está en los periódicos de todo el mundo (...) entre ellos, los ciento y pico que tiene su padre», fue la reveladora respuesta del General.

Patty Hearst, hija de multimillonario, era nieta de William Randolph Hearst, el magnate de la prensa amarilla que sirvió de modelo a Orson Welles para perfilar el retrato cinematográfico de Charles Foster Kane, principal personaje de su obra maestra *Ciudadano Kane*. La Hearst, tras ser secuestrada por un autodenominado Ejército Simbiótico de Liberación y ser adoctrinada y convertida en un miembro más de la banda, fue detenida, juzgada y condenada a siete años de prisión. Tras conseguir la libertad mediante el indulto del presidente Cárter, contrajo matrimonio con el policía que la había escoltado y protegido. No fue la única ocasión en la que Torrijos utilizó la paradisíaca isla de Contadora —donde se reunió el famoso grupo para estudiar una propuesta de paz para Centroamérica, y que paseó el nombre de la isla por todo el mundo— para sus extrañas invitaciones. La isla era el lugar de recreo frecuente del entonces embajador español Rafael Jordana, hijo del teniente general Gómez Jordana, que fuera ministro de Exteriores del primer Gobierno de Franco durante la guerra. A las bellezas paisajísticas de Contadora dedicó encendidos versos el embajador Jordana, acaso para consolarse de los desprecios a los que era sometido por Torrijos, que estuvo años sin recibirle.

Una de las operaciones más sonadas, por lo insólita, fue el asilo político concedido al Sha de Persia por Torrijos ante el escandalizado asombro de toda la progresía internacional. En aquel escenario soleado, el destronado Reza Palhevi llegó a sentir disimulados celos por las elocuentes miradas que el general panameño le dedicaba a su atractiva esposa.

También entra en escena Adolfo Suárez, con quien Torrijos mantenía una estrecha amistad personal. El 24 de febrero, poco después de ser liberado por los hombres de Tejero que habían secuestrado al Gobierno y al Parlamento en el interior del Congreso de los Diputados, Suárez recibió una llamada de Torrijos interesándose por su estado... e invitándole a la paradisíaca Contadora a descansar y reponerse. «Espera que te paso a Arístides, que está aquí a mi lado, para que te invite oficialmente», le dijo un Torrijos burlón preocupado por guardar las formas. Poco después, Suárez volaba hacia Panamá, acompañado del desaparecido centrista vasco Jesús Viana, el diplomático Alberto Aza y sus respectivas esposas.

El aroma «movimientista» que se le atribuye al PSOE de González, a imagen del PRI mejicano, tiene muchos de sus antecedentes en el torrijismo, encarnado en el Partido Revolucionario Democrático, PRD, definido por Royó como «policlasista».

«Eso de centro derecha o centro izquierda son refinamientos que se dan en Europa, pero aquí no funcionan. Será un partido nacionalista que concilie la empresa privada con la participación estatal. Tendrá una línea ideológica pragmática muy abierta, que permita dentro de sus filas a un marxista y a otro que no lo es» {*Cambio 16*, 27 de agosto 1978).

Esta descripción coincide con algunas de Felipe González y ya había sido llevada a la práctica por Torrijos muchos años antes. Tras financiar al Partido Comunista panameño, de conocida inclinación estalinista, integró en su gobierno a antiguos comunistas o personas próximas a esta ideología, como el propio Arístides Royo, Ahumada o Ró-mulo Escobar. Junto a ellos, ministros definidos como «tec-nócratas washingtonianos», como Nicolás Barletta, ministro de Planificación y posteriormente vicepresidente del Banco Mundial; el canciller González Revilla; Adámez (Hacienda) o Duque (Vivienda).

El propio Ahumada señalaría: «No oculto que la idea del PRI mejicano no me desagrada nada.» Esto era algunos años antes de que Cuathémoc Cárdenas —el hijo del legendario general revolucionario Lázaro Cárdenas que acogió a los intelectuales españoles huidos de la represión de Franco tras la Guerra Civil española— dejara aún más patente, si cabe, toda la corrupción institucional de la dictadura con ropajes democráticos que encarna el PRI. Quizás hoy, Guillermo Galeote, uno de los miembros del grupo de Sevilla que constituyeron el brote germinal del nuevo PSOE, tampoco suscribiría, al menos públicamente, como lo hizo en 1982, pocos días después de la histórica victoria electoral del 28-O, aquella frase, lanzada sobre una suculenta paella en la casa de Valencia en Madrid: «Vamos a instaurar el PRI en España. Vamos a estar veinte años en el poder.» Digamos, pues, que las coincidencias e identidades entre los dos personajes y los respectivos movimientos políticos por ellos representados son numerosas, generadas por el efecto e instinto emulador del joven y admirado Felipe González ante la personalidad mercurial y exhuberante de Torrijos, por su sagacidad, su astucia y sus eficacísimas artimañas* Hay, sin embargo, un aspecto en el que ambos eran diametralmente diferentes: el «terror» de Torrijos a hablar en

público —se le trababa la lengua y olvidaba las palabras—, en contraste con la maestría y la delectación con que lo hace Felipe González, orador habilísimo y mitinero fino.

BIBLIOGRAFÍA

(Además de las fuentes clásicas, periodísticas o documentales citadas al hilo del texto)

Agrupación Socialista Madrileña, *Organización bcal*, Imprenta de Inocente Calleja, Madrid, 1910.

Aguilar, Miguel Ángel y Chamorro, Eduardo, *González: Perfil humano y político*, Editorial Cambio 16, Madrid, 1977.

Alvarez, Serafín, *El credo de una religión nueva*, Fundación del Banco Exterior, Madrid, 1987 (edición original en 1873).

Alzaga, Oscar, *Comentario sistemático a la Constitución española de 1978*, Ediciones del Foro, Madrid, 1978.

Araquistain, Luis, *España en el crisol*, Minerva, Barcelona, 1920.

—, «Paralelo histórico entre la revolución rusa y la española», *Leviatán* IV, 1936, págs. 143-161.

—

El pensamiento español contemporáneo, Losada, Buenos Aires, 1962.

Argente, Baldomero, *Tierras sombrías*, F. Sempere, Valencia, 1910.

—, *El ocaso de un mundo*, Imprenta de J. Pérez, Madrid, 1920.

Aumente, José, «Por el mal camino del felipismo neofranquista», *Diario 16*, 6 de junio 1986.

Benegas, José María, «[Contestación a la] Encuesta sobre la transición», *Sistema*, noviembre 1985, págs. 179-182.

Boyer, Miguel, «El marxismo», PSOE, Madrid, 1960 (edición multi-copiada).

Brenan, Gerald, *The Spanish Labyrinth*, Cambridge University Press, Cambridge, 1950.

Calvo Hernando, Pedro, *Todos me dicen Felipe*, Plaza y Janes, Barcelona, 1987.

Carandell, Luis, «Felipe González», *El País Semanal*, 31 de diciembre 1988.

Caro Baroja, Julio, *Historia de la fisiognómica: el rostro y el carácter*, Istmo, Madrid, 1988.

Carr, Raymond, *Modern Spain, 1875-1980*, Oxford University Press, Nueva York, 1980.

Cierva, Ricardo de la, *Historia del socialismo en España, 1879-1983*, Planeta, Barcelona, 1983.

Claudín, Fernando, «Entrevista con Felipe González», *Zona Abierta* 20, mayo-agosto 1979, págs. 5-22.

—, *Santiago Carrillo: Crónica de un secretario general*, Planeta, Barcelona, 1983.

Cosío Villegas, Daniel, *El sistema político mexicano*, Joaquín Mortiz, México, 1976.

Crespo de Lara, Pedro, *Libertad de Prensa*, AEDE, Madrid, 1982.

Colectivo Democracia, *Los Ejércitos... más allá del golpe*. Planeta, Barcelona, 1981.

Chamorro, Eduardo, *Felipe González, un hombre a la espera*, Planeta, Barcelona, 1980.

Díaz, Elías, «Fernando de los Ríos: socialismo humanista y socialismo marxista», *Sistema*, julio 1975, págs. 115-125.

—, «Cien años de socialismo democrático», *El País*, 30 de octubre 1982.

Diez del Moral, Juan, *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*, Alianza Editorial, Madrid, 1967 (Publicado por primera vez en 1929).

Dorado, Roberto, «Estrategia socialista para la década de los años 90», en A. Guerra y otros, *Nuevos horizontes teóricos para el socialismo*, Sistema, Madrid, 1987, págs. 129-147.

Fraga Iribarne, Manuel, *En busca del tiempo servido*, Planeta, Barcelona, 1987.

Fernández Braso, Miguel, *Conversaciones con Alfonso Guerra*, Planeta, Barcelona, 1983.

García San Miguel, Luis, «Para una sociología del cambio y la oposición en la España actual», *Sistema*, enero 1974, págs. 89-107.

García Santesmases, Antonio, «Las dos opciones del PSOE», *Zona Abierta* 20, mayo-agosto 1979, págs. 37-48.

—, «Evolución ideológica del socialismo en la España actual», *Sistema*, noviembre 1985, págs. 61-78.

—, «El referéndum OTAN y el futuro de la izquierda», *Mientras tanto* 25 1/2, febrero 1986, págs. 107-118.

—, «Seis años de felipismo», *Ya*, 2 de enero 1989.

Gillespie, Richard, *The Spanish Socialist Party*, Clarendon Press, Oxford, 1989.

Gómez Llórente, Luis, «Conferencia pronunciada en la Federación Socialista Madrileña», 29 de junio 1979 (edición multicopiada).

González, Felipe, «Unidad socialista», *El Socialista*, 1 de febrero 1977.

—, *España y su futuro*, Cuadernos para el Diálogo, Madrid, 1978.

—, «Discurso inaugural» del 29º Congreso del PSOE, 1981 (edición multicopiada).

—, «Crisis y futuro de España», en Club Siglo XXI, *Fenómenos de crisis y futuro de España*, vol. 1, Unión Editorial, Madrid, 1981 a.

—, «Prólogo», en M. Castells y otros, *Nuevas tecnologías, economía y sociedad en España*, Alianza Editorial, Madrid, 1986, I-IV.

—, «La cohesión y la solidaridad en la construcción europea», *Sistema*, noviembre 1988, págs. 11-20.

González, Felipe y Semprún, Jorge, «España en Europa», *Sistema*, enero 1987, págs. 3-30.

González Casanova, José Antonio, *El cambio inacabable*, Anthropos, Barcelona, 1986.

Guerra, Alfonso, «Perspectivas de una España democrática y constitucionalizada», conferencia en el Club Siglo XXI, 5 de octubre 1978 (edición multicopiada).

—, *Felipe González: de Suresnes a la Moncloa*, Novatex, Madrid, 1984.

—, «El socialismo y la España vertebrada», *Sistema*, noviembre 1985, págs. 5-18.

—, «Los horizontes políticos del socialismo», en A. Guerra y otros, *El futuro del socialismo*, Sistema, Madrid, 1986, págs. 11-34.

- Guerra, Antonio, *Felipe González, socialismo es libertad*, Galba, Barcelona, 1978.
- Hernández, Abel, *Crónica de la Cruz y de la Rosa. Los socialistas y la Iglesia hoy*, Argos Vergara, Barcelona, 1984.
- Heywood, Paul, «De las dificultades para ser marxista: El PSOE, 1879-1921», *Sistema*, septiembre 1986, págs. 17-50"
- Lenin, Vladimir I., *Obras completas*, Progreso, Moscú, 1981.
- Lizcano, Pablo, *La generación del 56. La Universidad contra Franco*, Grijalbo, Barcelona, 1981.
- Maravall, José María, «Eurocomunismo y socialismo en España: La sociología de una competición política», *Sistema*, enero 1979, págs. 51-74.
- , «Las dificultades de la democracia: cultura política y desigualdad social», en Club Siglo XXI, *Fenómenos de crisis y futuro de España*, vol. 2, Unión Editorial, Madrid, 1981.
- Márquez Reviriego, Víctor, *Felipe González. Un estilo ético*, Argos Vergara, Barcelona, 1982.
- , *Cien españoles y la OTAN*, Plaza y Janes, Barcelona, 1985.
- Meliá, Josep, *Así cayó Adolfo Suárez*, Planeta, Barcelona, 1981.
- Múgka Herzog, Enrique, «Indalecio Prieto y el Partido Socialista», *Sistema*, mayo 1980, págs. 107-121.
- , «La defensa de España», *Sistema*, octubre 1980 a, págs. 145-158.
- Ortega y Gasset, José, *Obras completas*, Alianza Editorial, Madrid, 1987.
- PSOE, *Memoria. 27º Congreso*, Madrid, 1978.
- PSOE, *50 preguntas sobre la OTAN*, Madrid, 1981.
- Preston, Paul, *The coming of the Spanish Civil War: Reform, Reaction and Revolution in the Second Republic, 1931-1936*, The Macmillan Press, Londres, 1978.
- Prieto, Indalecio, *Convulsiones de España*, Oasis, Méjico, 1967 (tres tomos).
- Ramírez, Pedro J., *Prensa y libertad*, Unión Editorial, Madrid, 1980.
- Ramos Oliveira, Antonio, *Historia de España*, Compañía General de Ediciones, Méjico, 1952 (tres tomos).
- Riding, Alan, *Vecinos distantes. Un retrato de los mexicanos*, Joaquín Mortiz/Planeta, Méjico, 1985.
- Ríos, Fernando de los, *La crisis actual de la democracia*, Universidad de Granada, Granada, 1917.
- , «¿Hacia el Estado corporativo?», *Leviatán*, I, 1934, págs. 105-114.
- Sacristán, Manuel, «La salvación del alma y la lógica», *Mientras tanto* 20, octubre 1984, págs. 16-22.
- Sarasqueta, Antxón, *De Franco a Felipe*, Plaza y Janes, Barcelona, 1984.
- Senador Gómez, Julio, *Castilla en escombros*, Viuda de Montero, Valladolid, 1915.
- , *La ciudad castellana*, Minerva, Barcelona, 1918.
- Sigal, León V., *Reporters and Oficiáis*, D. C. Heath, Massachussets, 1973.
- Sinova, Justino, *La gran mentira*, Planeta-Instituto de Estudios Económicos, Madrid, 1983.
- Sotelo, Ignacio, «Paradojas y aporías de los socialistas en el poder», en *Los socialistas en el poder*, El País, Madrid, 1986 (publicado originariamente en septiembre

de 1983).

—, «Ambigüedad calculada», *El País*, 21 de mayo 1984.

—, «La popularidad del Presidente», *El País*, 3 de julio 1985.

—, «La aventura del referéndum», *El País*, 6 de octubre 1985 a.

—, «La izquierda y las secuelas del referéndum», *El País*, 29 de abril 1986.

Teba, Juan, *La Sevilla de Rojas Marcos*, Planeta, Barcelona, 1981.

Tezanos, José Félix, «Continuidad y cambio en el socialismo español. El PSOE durante la transición democrática», *Sistema*, noviembre 1985, págs. 19-60.

Tierno Galván, Enrique, *Costa y el regeneracionismo*, Barna, Barcelona, 1961.

—, *Idealismo, pragmatismo en el siglo XIX español*, Tecnos, Madrid, 1977.

—, *Cabos sueltos*, Bruguera, Barcelona, 1982.

Urbano, Pilar, *Con la venia... yo indagué el 23-F*, Argos Vergara, Barcelona, 1982.

Vallejo-Nágera, Juan Antonio, *Locos egregios*, Dossat, Madrid, 1987.

Vilar, Sergio, *Protagonista de la España democrática. La oposición a la dictadura, 1939-1969*, Ediciones sociales, París, 1969.

Yu-Lang, Fung, *Breve historia de la filosofía china*, Fondo de Cultura Económica, Méjico, 1987.

Zapatero, Virgilio, «En el centenario de Fernando de los Ríos», *Sistema*, julio 1980, págs. 119